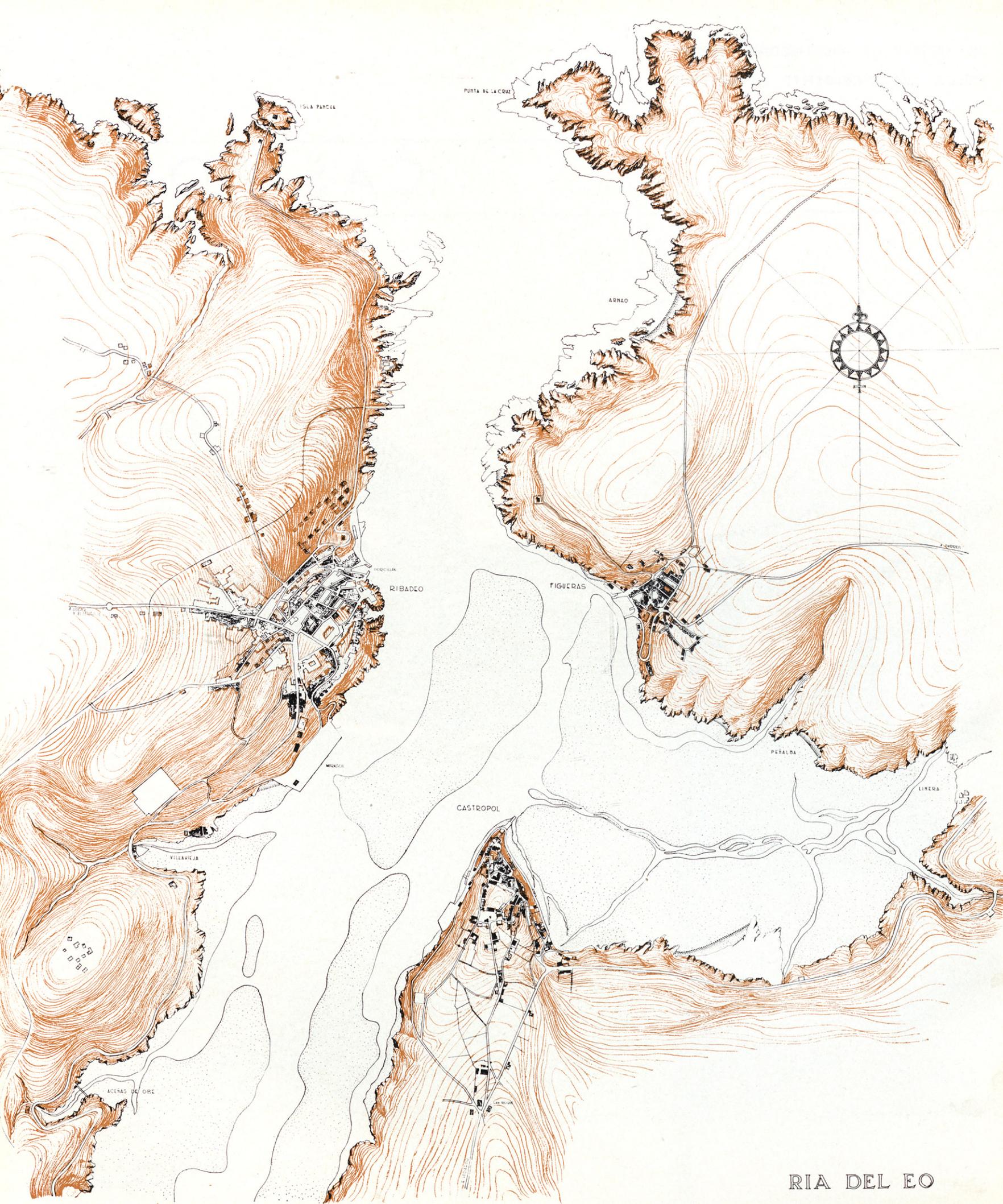


UN EJEMPLO DE ARQUITECTURA URBANA
TIPICA DEL OCCIDENTE ASTURIANO

CASTROPOL



Arquitectos: EFREN y JOSE LUIS
GARCIA FERNANDEZ



RIA DEL EO

Primero fue la luz y el firmamento, las aguas y las tierras. El sexto día, Dios puso al hombre en este ambiente y le dijo: "Puebla la Tierra y sométela."

Y el hombre la pobló y, al someterla, la hizo inseparable, quedando ligado a ella como pieza fundamental de la Creación.

Población y sometimiento fueron paralelos: el hombre edificó para su gente y, edificando, sometió el espacio y los materiales a formas conscientes. Y siendo uno al principio correteador de valles y montañas e intuitivo integral, se diversificó en cada asentamiento, en cada región natural, modelando su espacio—sometiéndolo—y adaptándose a él.

Así, dentro de una misma región, allí donde existe un valle, se ensancha una ría o se alza una montaña, allí donde la lluvia es intensa, más frecuente la nieve o deslumbrante el sol, surgen formas arquitectónicas y urbanísticas compartimentando el medio y adaptadas a él. Hórreo y pajar, almazara y bodega, pueblos del valle inmersos en el mar verde de la vegetación, villas fronterizas sobre roqueros inaccesibles o caseríos hundidos en el caos geológico de una depresión, son frutos de aquellas realidades.

Pero la relación hombre-ambiente-arquitectura es tan sensible, que se rompe fácilmente por introducción de formas extrañas, por incompreensión, o por deficiente formación del pueblo o de los sectores dirigentes.

LA RIA DEL EO

Para nosotros, el ambiente será la ría del Eo, allí donde la fiereza de la mar cantábrica se amansa y deja arenas rubias sobre los fondos de pizarra, donde los foscos tonos plomizos del agua se hacen espejo plano y luminoso y donde el salmón se serena en las aguas tranquilas después del combate fatigoso en los rápidos que saltan entre rocas y helechos.

La atalaya de Figueras, de un lado, y la isla Pancha de otro, son jalones que parecen señalar con nostalgia la rotura de la continuidad costera perdida.

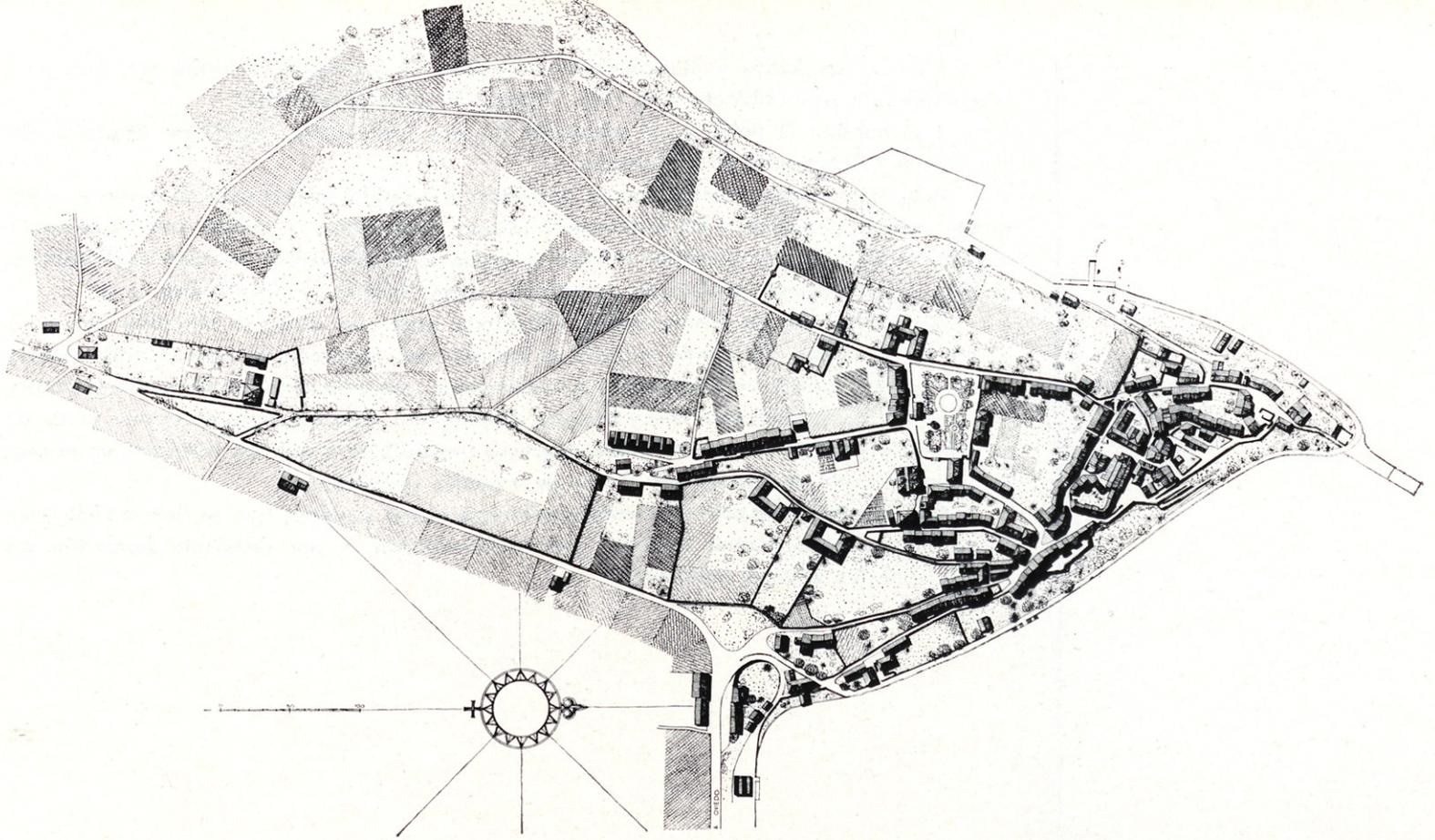
Figueras, Castropol y Vegadeo, del lado asturiano, y Ribadeo del gallego, son los asentamientos permanentes del hombre.

La ría se cierra en Vegadeo con un puente metálico que es frontera regional. Antes, el agua se mete entre los pinos y maizales de las ensenadas de Linera o de Villavieja, y las arenas limpias de la barra se tornan marismas verdinegras al final, dejando un callejón de agua estrecho para que el pino del interior salga, en la bodega de un pequeño carguero, camino de las minas astures.

Figueras está agazapado en una oquedad costera, atento al mar y al campo; Castropol, empinado sobre la cornisa que bordea el agua, enfile la entrada de la ría y está como sesteando al sol del mediodía; Ribadeo se olvida del bello y viejo puerto de Porcillán y se extiende decididamente sobre la plataforma interior, y Vegadeo es toda actividad comercial.

La ría, el paisaje, es un crisol que lo funde todo, atada por el cinturón perimetral de la carretera, que es, al mismo tiempo, itinerario paisajístico sorprendente.

El hombre es el astur marinero y campesino, contemplador insaciable de las bellezas de la ría, que, asentados los pies sobre la cubierta de un barco, vuelve a tierra y eleva sobre su casa los torreones-observatorio para continuar oteando horizontes marineros sobre el mar urbano de la pizarra de los tejados o que, alzado sobre los tacos de sus "madreñas", espiga panochas y siega la hierba en sus campos ribereños.



CASTROPOL

Si el ambiente es la ría, Castropol es el lugar que nuestro hombre habita. Hombre de espíritu sensible, cuidadoso y amante de sus cosas, matizador de detalles, alarife de una arquitectura escueta y colorista contenido, sabe también de los errores cometidos en pequeños detalles de ornamentación pública.

Este hombre sometió a formas urbanas el alargado espacio del espolón que asoma a la ensenada de Linera y a Ribadeo y lo subdividió a la pequeña escala que vemos en el Castro marineru asomado al borde, pendiente entonces de los piratas normandos, o le dió más amplitud al estirarlo hacia el interior allá por el siglo XIX, cuando los veleros llegaban aún al pie de las rampas, guiados sabiamente por aquellos viejos marinos de largas patillas, y pipas rellenas de aromático tabaco filipino.

Los primeros peregrinos del primer camino de Santiago, los fieles súbditos del Casto Alfonso, se asomaban aquí, en Luarca y en Navia, asombrados los ojos ante la Asturias blanca y pizarrosa, tan diferente de la caliza de los grandes picos y profundos valles.

El camino se convirtió en carretera tangente a la villa y lanzó dos brazos hacia los corazones de las dos zonas: al parque y a la plaza de Rivadía, además de otro que bordea el agua y luego sale por San Roque otra vez a la carretera.

Por fuera, desde El Esquilo, el perfil de la villa es importante, sobre el fondo de ondulantes sierras que escapan a toda forma geométrica, envueltas casi siempre en las nieblas o las nubes que bajan de la sierra de Meira.

Por dentro, todo es sencillo: los volúmenes de las casas y de las manzanas, con los bordes de las cubiertas plagados de cantos redondos o de forma piramidal, para que los vientos no se lleven la pizarra; la composición de las fachadas y los detalles constructivos, sin ornamentación apenas, pues si la hay, se reduce a sencillas bandas o a la gola que recoge el borde del tejado.

El hombre vive las calles tortuosas o las plazas recoletas entre la albura de los muros, salpicados de las pequeñas manchas de color de la carpintería, caminando sobre los viejos pavimentos o reposando en el muelle entre la actividad de la gente que llega en las barcas desde Figueras o desde Ribadeo.

Pero entremos en la villa y vayamos recorriendo y comentando todo.

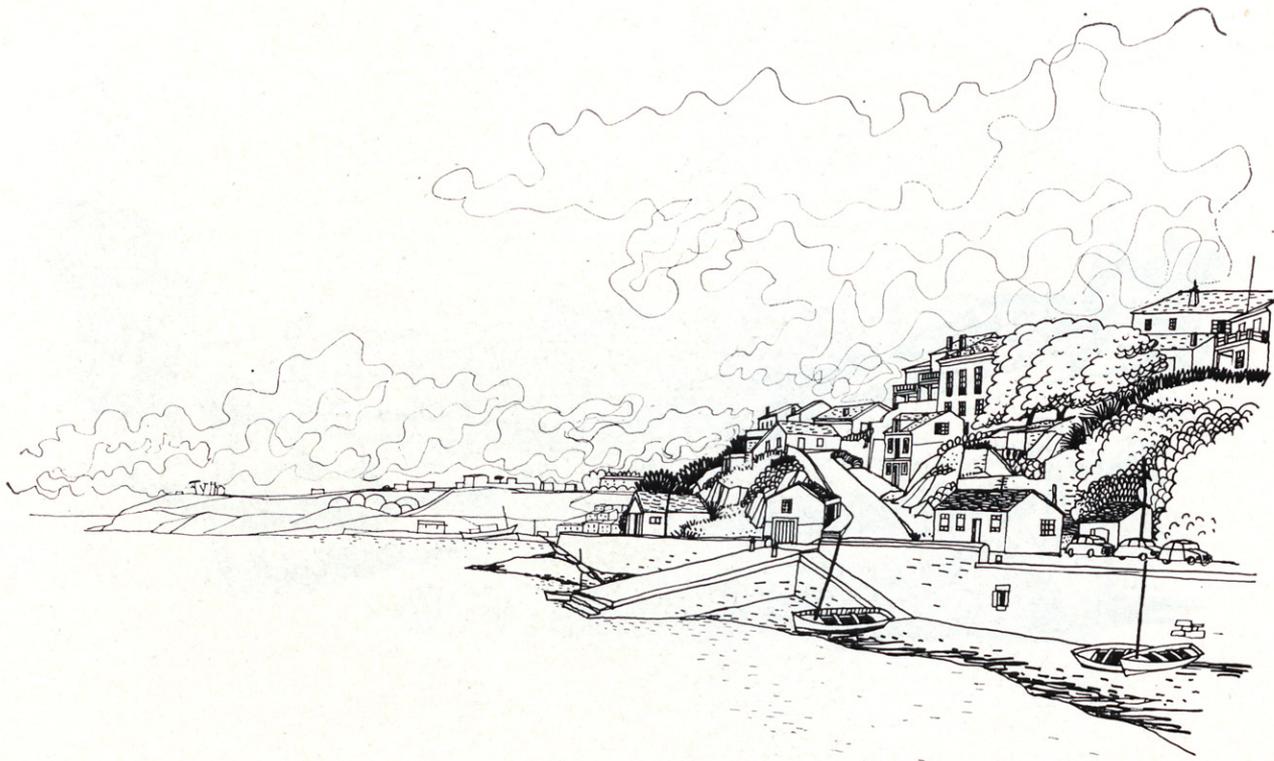
ASPECTOS GENERALES

A Castropol, tierra y mar, campo y ría, puede irse por barco o por automóvil.

Es bueno llegar desde Ribadeo en "la barca", viendo desde el muelle la villa sobre el promontorio verde, blanca en sus fachadas, gris en sus cubiertas y aproximarse como un "zoom" para descubrir los menores detalles ya llegando al puerto, que es sólo rampas y muelle, porque no son necesarios los diques de protección.

Y subir a pie desde la carretera o desde el muelle, por esa calle que sale del costado de la taberna del puerto o por las que arrancan de la carretera general, tortuosa, porque la ría entra de cuando en cuando para formar pequeñas ensenadas.

Detrás de una ventana, recatándose, una mirada espía siempre la llegada del forastero. Pero nosotros miraremos hacia atrás, para ver el mirador de Ribadeo extendiéndose desde Mirasol a Porcillán. Hacia la izquierda, Figueras, menudo, con algún barco varado en su astillero, donde se dice construían lanchas rápidas para la Alemania de la segunda guerra mundial.



Desde la carretera que viene de Asturias, se ve un Castropol de perfil; un frente da a Figueras y el otro a Ribadeo; la espalda, a Vegadeo.

Los árboles de la carretera del puerto son muralla vegetal de la parte más vieja, del Castro, y parece que impiden que las casas caigan al mar. En invierno, las hojas en el agua, se descubre el muro de contención, blanco en su coronación, porque es el mirador y ha de estar limpio y cuidado como todo lo demás.

La estructura del Castro está bien definida, apoyándose en el borde del promontorio. Las medianerías, tema constante, acusan la cubierta a dos aguas por el piñón puntiagudo.

Los caballetes se aúpan o bajan a compás de las pendientes de las calles, y la aguja de la iglesia, las chimeneas, las torres-observatorio y los hastiales de las paredes medianeras, erizan el perfil sobre el cielo, clavándose en las nubes grises que bajan para fundirse con el agua o destacándose sobre el cielo azul pálido.





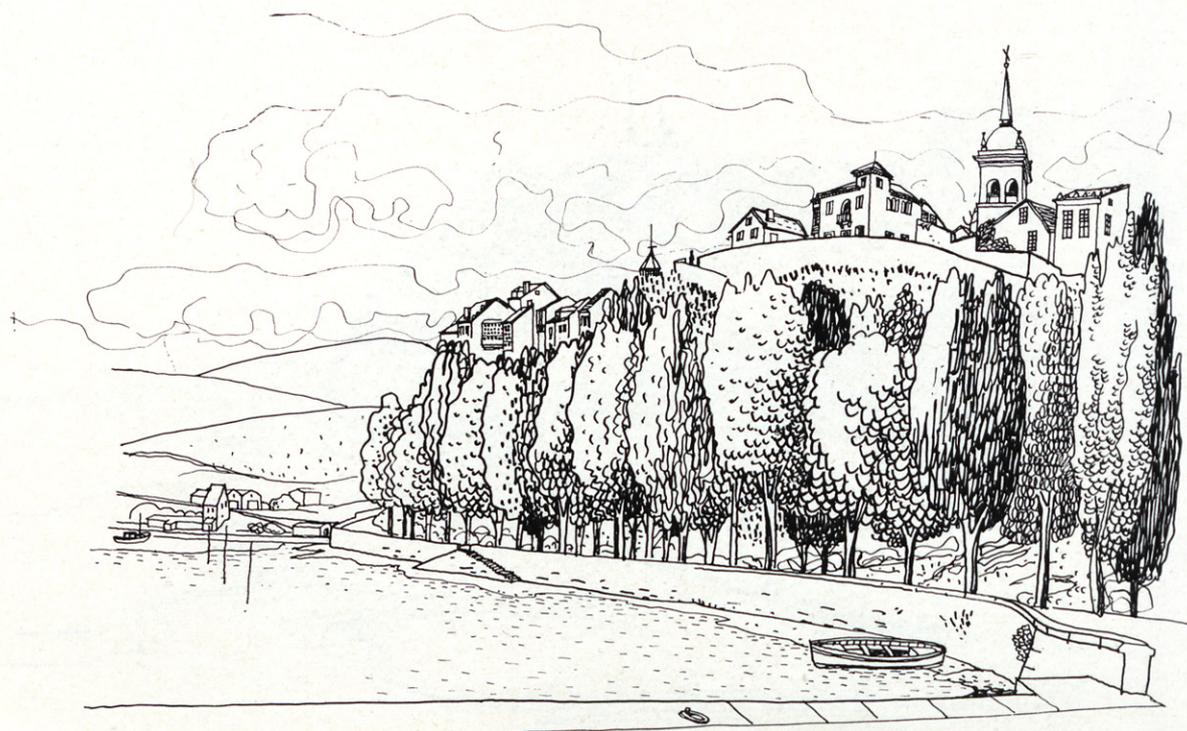
3

Llegando desde Galicia, el tema urbano es pobre porque la villa no ha querido—o no ha podido—extenderse hacia la carretera y convertirla en calle. Ha permanecido de espaldas a la mecanización, aunque a su lado, esperando que la gente se canse y venga aquí para serenar el cuerpo y el espíritu.

Los postes de la luz jalonan la carretera y apuntan hacia la entrada principal, donde un bar, antesala de la villa, es parada del autobús de "Alsa", y donde puede cambiarse su traqueteo sobre los 15 kilómetros que hay hasta Ribadeo por el suave y breve deslizar de la barca cruzando la ría.

Figueras ya asoma al fondo, con la enorme pancarta, con el inadmisibles volumen del bloque de viviendas protegidas. Protegidas ellas, puede que sí, pero ¿quién ha protegido el paisaje, que es de todos?

Los muros, la parcelación y la vegetación, compartimentan las superficies y el paisaje. La ría lanza un brazo estrecho y profundo hacia El Esquilo para producir en la carretera general una curva peligrosa.



4

Para ver el pueblo desde la carretera del puerto hay que salir hasta la punta de la rampa que mira a Figueras. Entonces vemos asomarse, forzosamente, detrás del muro del mirador y sobre el arbolado, la primera hilera de casas: la torre de la iglesia, el chalet del médico, un torreón-mirador y alguna otra casa.

Desde cada casa o desde las calles, desde el muelle o desde el parque, desde la carretera del puerto o desde las huertas, todo es mirador en Castropol. El paisaje domina: el paisaje de la ría con la luz plomiza del cielo invernal o con la claridad deslumbrante de los días despejados; luz multiplicada por el agua y por los tejados de pizarra, que son como innumerables espejos rotos sobre la villa.

Desde el muelle de Figueras, Castropol es silueta muy definida, con las casas escalonadas sobre el promontorio, y su vértice más alto en la iglesia y en el casino. Detrás, los montes que cierran la ría hacia Vegadeo; abajo, una franja verde, intensa, para separar claramente la tierra del agua.

En primer término, en el muelle de Figueras, lo que es fundamental de él: la rampa, el agua, los botes y la barca de Ribadeo o de Castropol, único vehículo de relación interior.

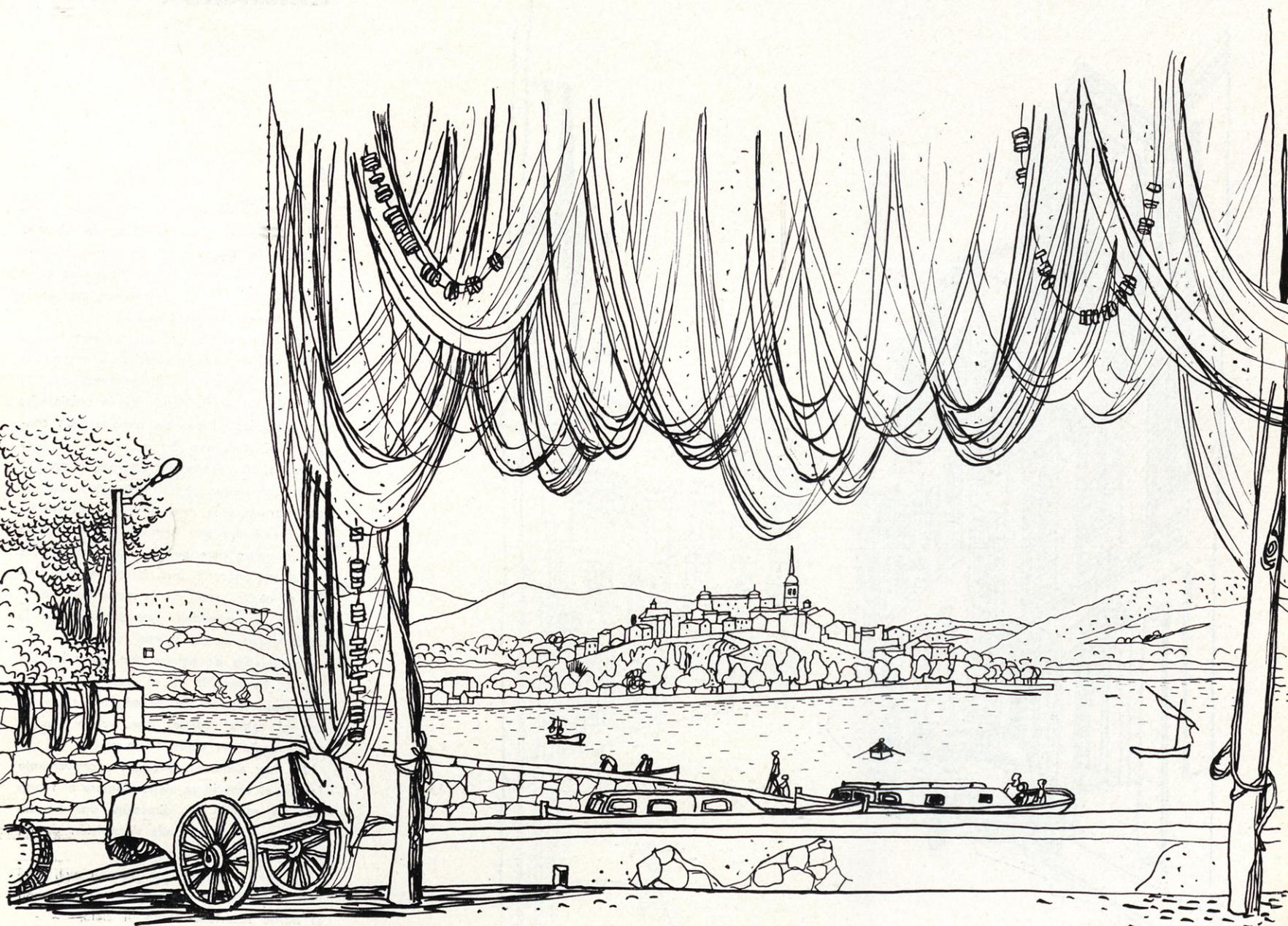
Las redes, sueltas pinceladas de carmín pardusco, están puestas a secar a la suave brisa de la tarde y son como un telón a punto de bajar y aislar la escena. Cuando se aúpan a lo alto del secadero entre el chirriar de las poleas y los gritos de los hombres, todo el muelle se impregna de un suave olor que trae aromas recién estrenados del fondo del mar.

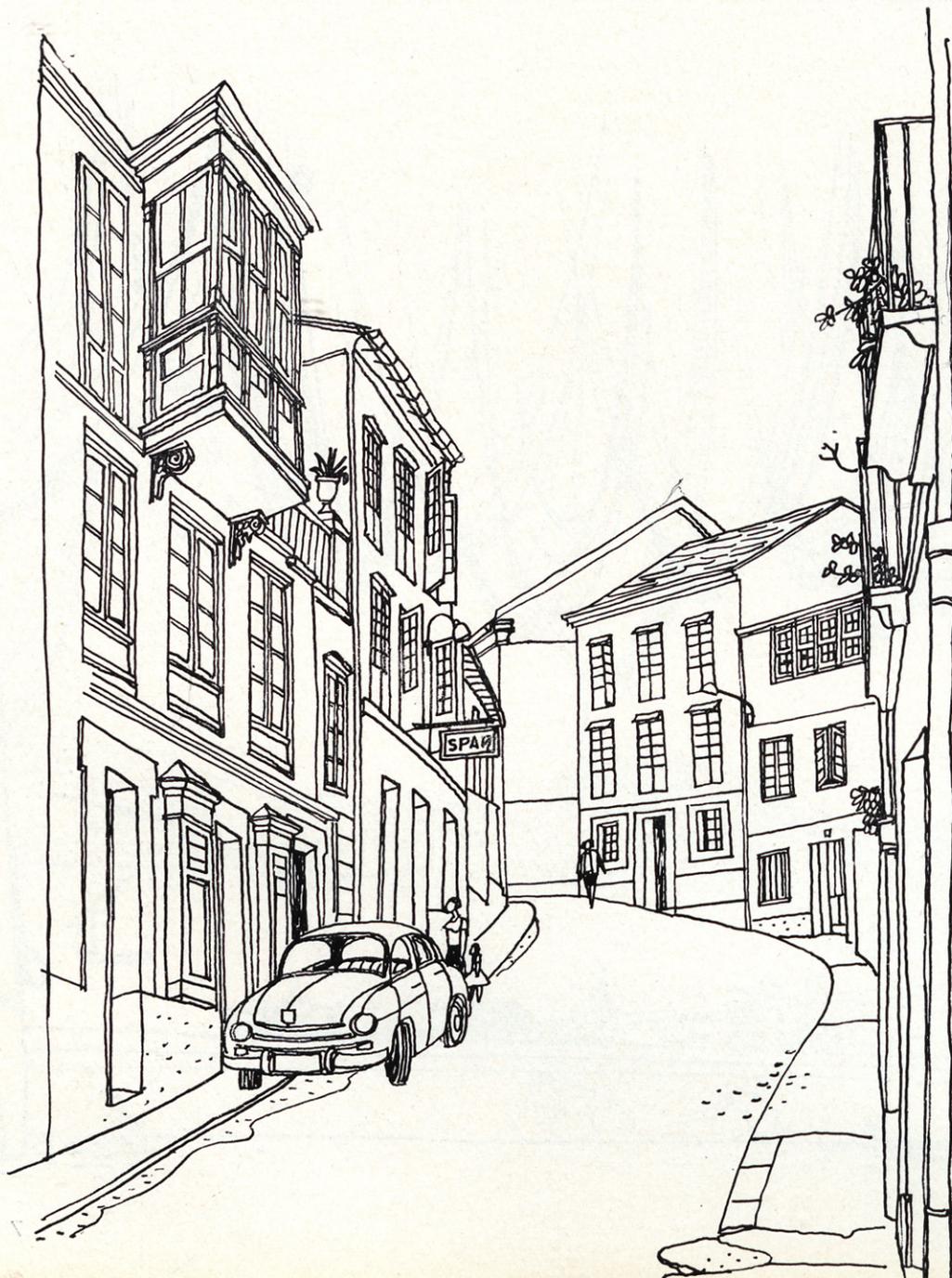
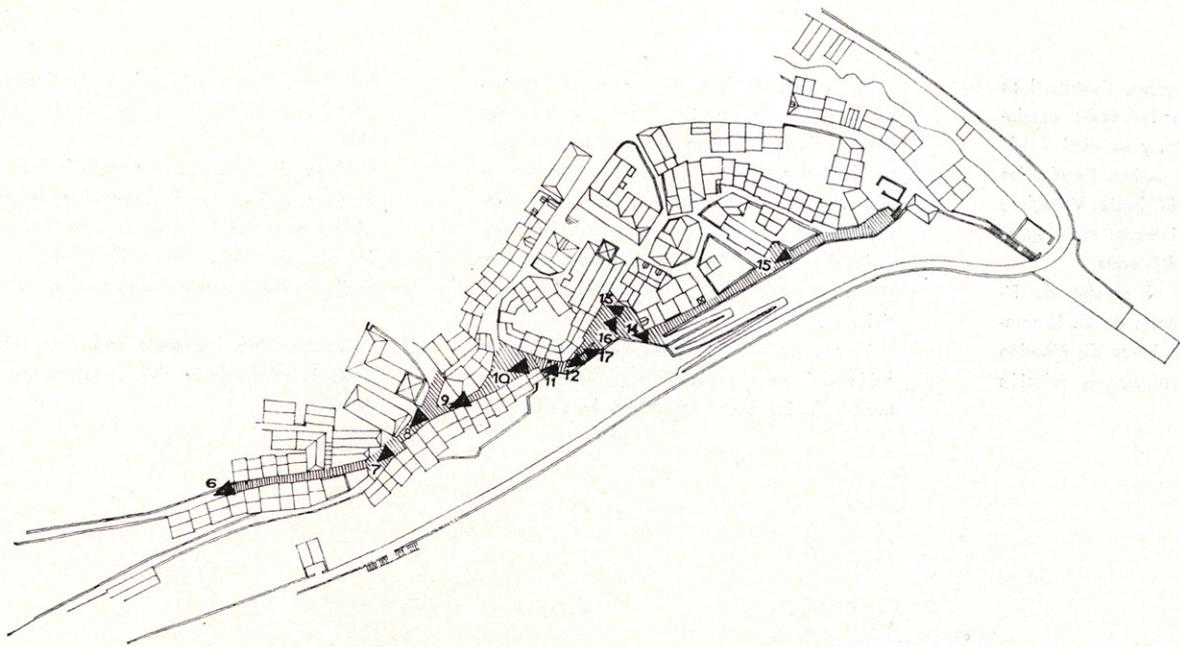
Luego, cuando la faena ha concluido, la orilla del agua se puebla de gente y los muros de las casas amplifican los gritos de

los niños, mientras la cal se va tiñendo de púrpura cuando el sol cae detrás de Porcillán.

Llega el rumor del mar rompiéndose en la barra y asciende sobre los techos de pizarra el humo de los hogares, que se remansa en los días de calma sobre ellos y se hace velo sutil que da misterio y suavidad a las cosas.

Un zumbido estridente rompe la calma y avisa la salida de la última motora que va a Ribadeo.





ITINERARIO I

6

Por empinada calle se sube desde la carretera general hasta la plaza de Rivadía. Hay huertas cerradas por altos muros en el primer tramo. Después, dos hileras de casas encajonan el espacio sin exceso, porque la altura no es abusiva nunca.

Casas de dos o tres plantas con huecos alargados en sentido vertical y carpintería enrasada con la fachada. Los antepechos de los balcones están detrás de la carpintería; por ello, los planos de fachadas son continuos, sin balcones ni terrazas voladas. Sólo lo están los miradores tradicionales de madera, que bastan por sí solos para que no se interrumpa la sensación de continuidad.

Las fachadas son blancas, con un zócalo gris o negro para que la lluvia no manche al salpicar sobre la calle. El color fuerte, verde o pardo, está en la carpintería, rompiendo la monotonía que pudiera dar la uniformidad de los muros.

Los tejados de pizarra dan una vibración que se ha perdido en el suelo por la desagradable textura del hormigón vertido sobre el canto rodado, que quiere asomar tímidamente en algún trozo roto.

No hay alineaciones rectas excesivamente largas; el espacio se cierra siempre al fondo por un cambio de dirección, por un saliente o por la acertada disposición de un edificio que lo interrumpe.

La línea de aleros no es continua, sino que se rompe en saltos para dar animación al borde recortado sobre el cielo.

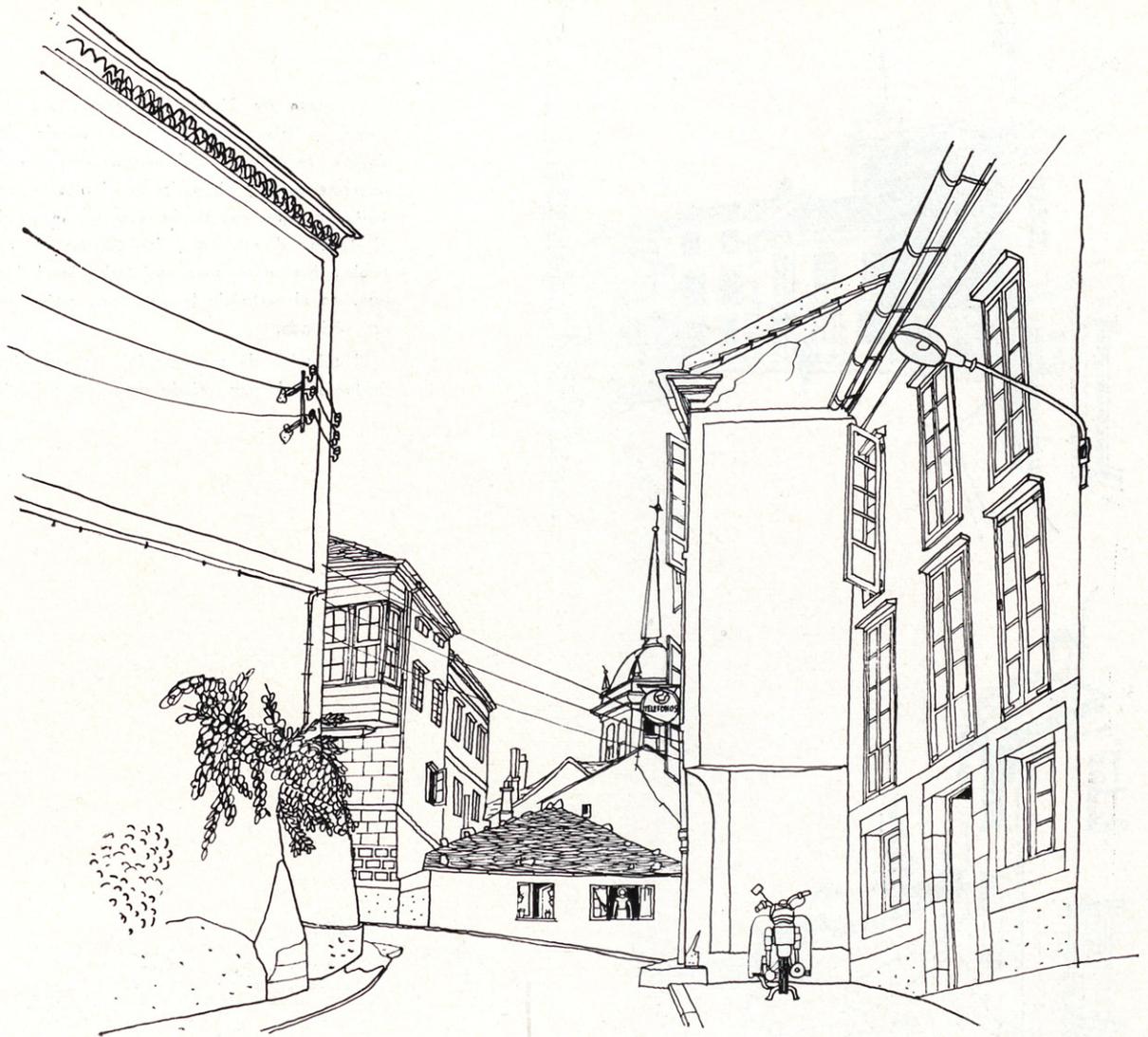
7

El callejón espacial se abre para dejar lugar a un mercado mínimo, íntimo, sin puestos de venta definitivos ni provisionales, con las cestas de mimbre abiertas, ofreciendo la mantequilla casera, los huevos o las avellanas.

La torre de la iglesia, fea y desproporcionada, pero característica del perfil de la villa, asoma casi siempre empujada hacia lo alto por los picos que forman las cubiertas a dos aguas, compensado su volumen, algunas veces, por las formas verticales de las chimeneas.

La escena está maltratada por la instalación eléctrica: excesiva importancia de las palomillas de los aisladores y pantallas de luz inadecuadas. Las muestras comerciales no estorban demasiado, porque están resueltas con modestia, sin estridencias.

Crece sin cuidado el matorral en algún rincón propicio, y una pita denuncia la benignidad del clima.



8

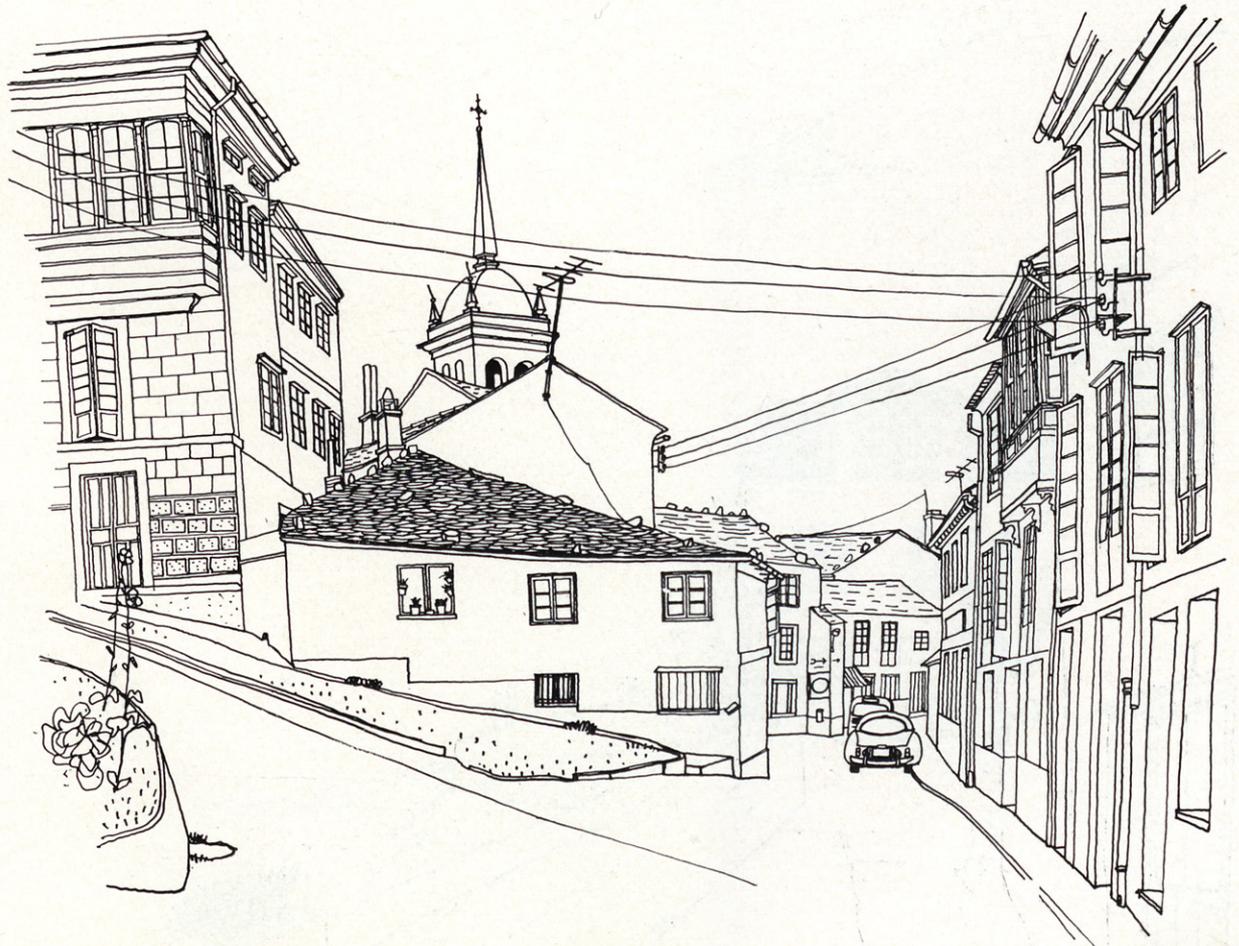
Doblando la esquina de "Teléfonos" se ve el enlace de la pequeña plaza del mercado y la de Rivadía. Es oportuno ver ahora, en el plano general de la villa, cómo está resuelta la unión de las cuatro placitas del Castro, por calles cortas, que dan un mosaico de manzanas menudas y un trazado de gran sensibilidad. Es la escala humana empleada cuando todo era amorosamente sentido y vivido, cuando la máquina no había intervenido como elemento distorsionador y la escala era el hombre, su paso, y no el automóvil, su velocidad.

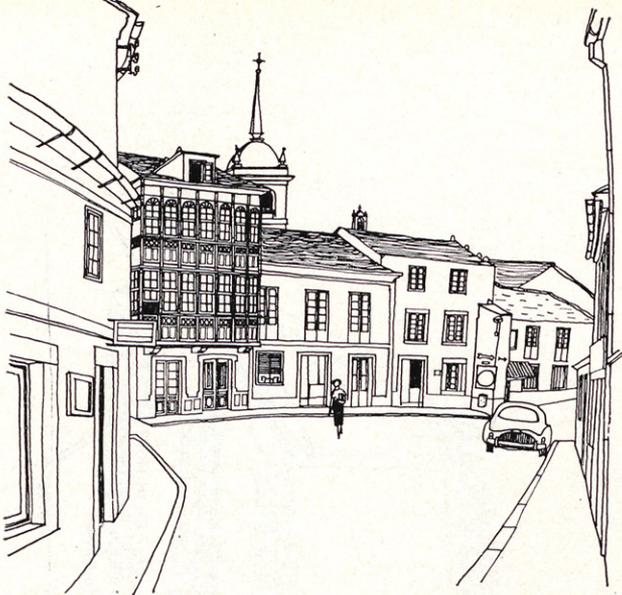
En la placita del mercado, la hilera de casas continúa por uno de los lados para protegerla de los vientos del interior; más allá se interrumpirá para que pueda verse la ría, Figueras y Ribadeo. Por el otro lado se rompe la continuidad de las fachadas para dar una entrada hacia el interior.

Los edificios de menor altura de uno de los lados que cierran esta plaza, amplifican el espacio, incorporándole el cielo y la torre de la iglesia.

La superficie del suelo está tratada con césped en las zonas muertas, y aparecen las primeras malvas—¡cuántas en Castropol!—, las primeras macetas de flores en las ventanas y... la primera antena de televisión.

Domina el blanco en las fachadas y el gris en las cubiertas, que también son verdes en invierno cuando crecen la hierba y el musgo sobre ellas.





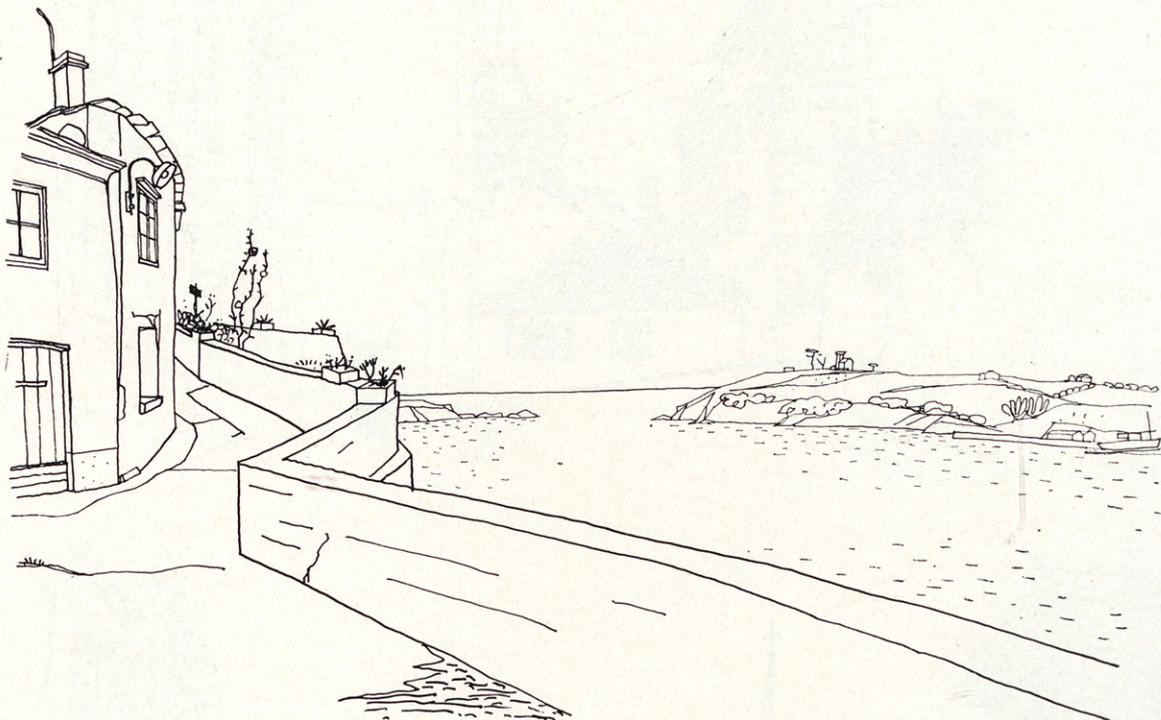
9

La plaza de Rivadia es modesta, como todas, y triangular, como las demás del Castro, excepto la del Ayuntamiento, que es rectangular y alargada. Es el más importante, aunque minúsculo centro comercial. El Banco, el estanco y las tiendas de artículos diversos ocupan casi todos los bajos, que, en el resto de la villa, son casi siempre vivienda.

El mirador de madera de una casa importante está bien volado para que no sólo

sirva de protección y permita asomarse para figonear, sino de expansión de la vida interior hacia la calle. Es el muro cortina nacido sin perfiles de acero o aluminio, multiplicado el vidrio en mil cristales entre la densa retícula de madera.

Unas flechas pintadas sobre un contrafuerte indican al forastero la ruta mejor, la del mirador de la ría. Bajo ellas, la cartelera del cine, anuncia la próxima película de buenos y malos. Y una papelera es símbolo de la limpieza que reina en todas las calles

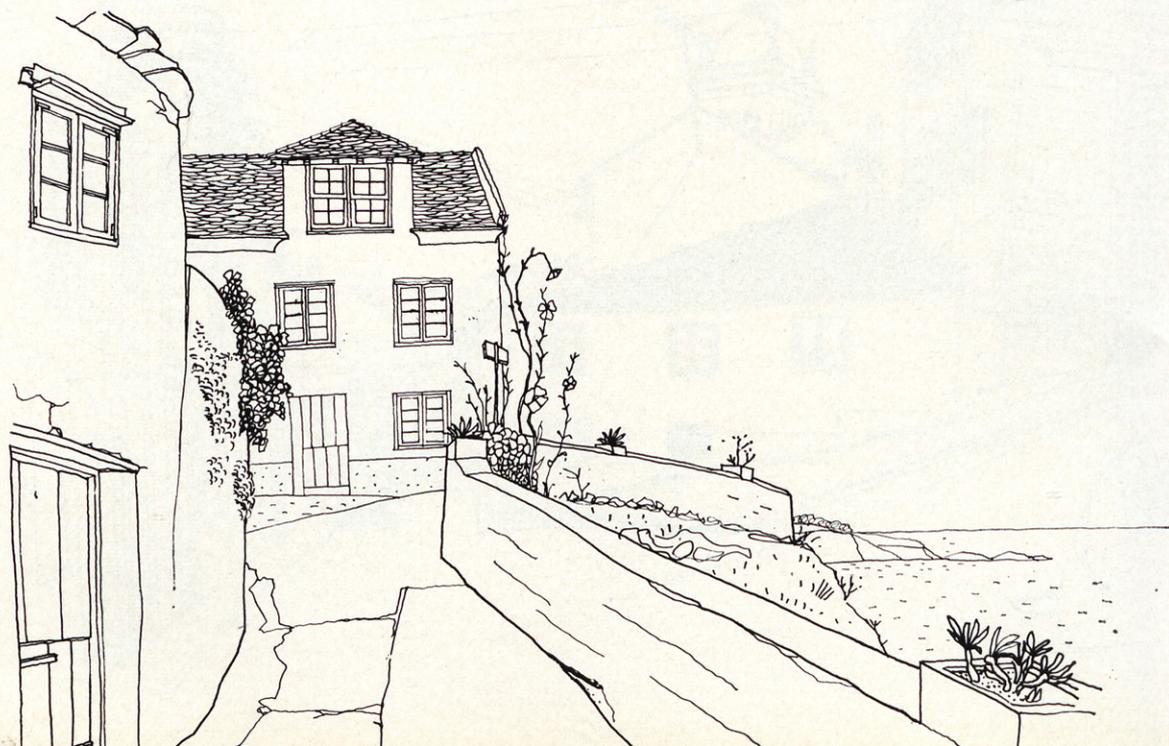


10

Rota la hilera de casas que protegía la placita del mercado, la villa se abre al paisaje infinito. Las casas se han ido hacia atrás para dejar espacio a la contemplación y son espalda que protege y no abrume.

El antepecho del muro, franja continua de hormigón en masa, está encalado y coronado, de vez en vez, por jardineras de colores chillones: verdes, amarillos, rojos. Cactus y geranios soportan bien la salinidad del ambiente.

Todo está limpio y cuidado, pero es inadecuado. El blanco, sí, pero en las casas; el color vivo también, pero en la carpintería. El antepecho y el pavimento de hormigón, no. Se ha perdido la tradición de la pizarra de Arnao en las aceras y los muros, y del canto rodado en las calzadas. Se ha olvidado que estamos en zona de pizarra y que siempre se empleó en lajas irregulares, sin mortero o tomada con cal.



11

Esta parte del Castro es la de carácter más popular. La casa es escueta, blanca, con el gris o negro del zócalo y las manchas fuertes de la carpintería. El único tema decorativo es la gola, que recoge el alero del tejado—apenas se ven canecillos—o una imposta simple que, a veces, corta el alargamiento vertical de las fachadas.

Contra el fuerte viento, la pizarra atada por una franja continua de piedra menuda y mortero, por hileras de piedras o por simples pináculos sujetando las líneas más débiles. Las limas se cubren, generalmente, con teja curva.

La puerta está partida en tres: una hoja estrecha siempre fija y dos móviles; la más alta, casi siempre abierta para dar luz y ventilación al zaguán. No hay casetones ni molduración. La tabla simple, claveteada, y los herrajes, elementales, de herrero.

12

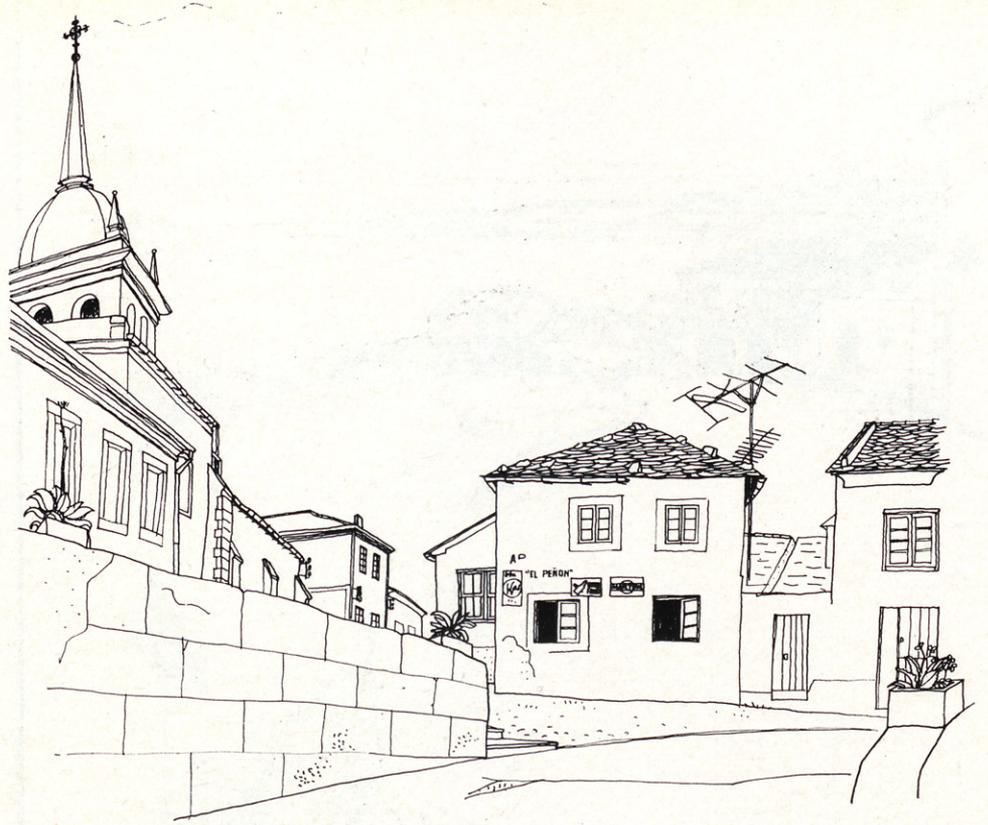
En algún punto, las casas se retiran aún más del borde del acantilado para poder disfrutar de un mirador particular, superpuesto sobre el principal.

El trazado es aquí libre y lógico, acomodado a la necesidad o a la mejor conveniencia, pero sin molestar a nadie. El retanqueo se hizo cuando aún no existían ordenanzas municipales y no había nacido la especulación del suelo. Ello da siempre, bendita sensibilidad de la gente vieja, un trazado ameno, lejos de la rigidez y la monotonía de la ordenanza.

Las casas pequeñas, humanas, unifamiliares, como pide un mejor vivir, están unidas por el escalón social de una manzana mínima y de una comunidad equilibrada.

El bar "El Peñón"—buenas tapas—exhibe las peores muestras comerciales y una desproporcionada y antiestética antena de televisión.

La torre de la iglesia se alza, una vez más, sobre las casas bajas.

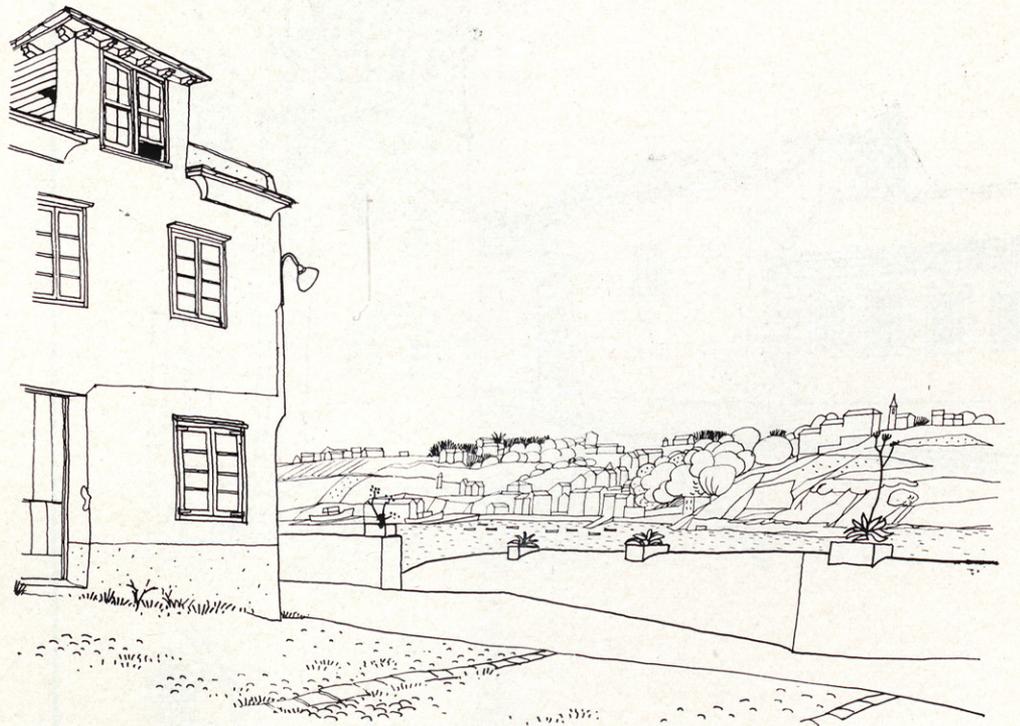


13

Figueras está ahí, al breve alcance de la barca, estirándose inútilmente para salir del hoyo en que se escondió recatada. Pequeñas pinceladas blancas sobre el verde de los prados o los maíziales, una mancha de un verde más fuerte en el parque del palacio, y los chafarrinones desangelados de los nuevos bloques de viviendas.

Sobre el espejo de la ría, los botes, como hormigas muertas sobre el agua y, subido al varadero del astillero, el último barco que hay que acondicionar.

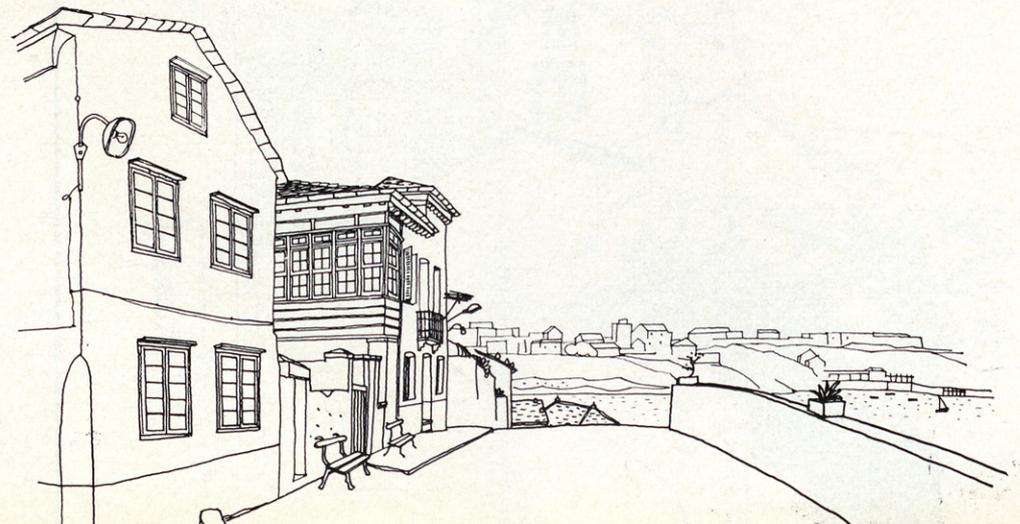
El muro de hormigón encalado se rompe y baja por el cortado del promontorio, acompañando al camino que llega hasta la carretera del puerto.

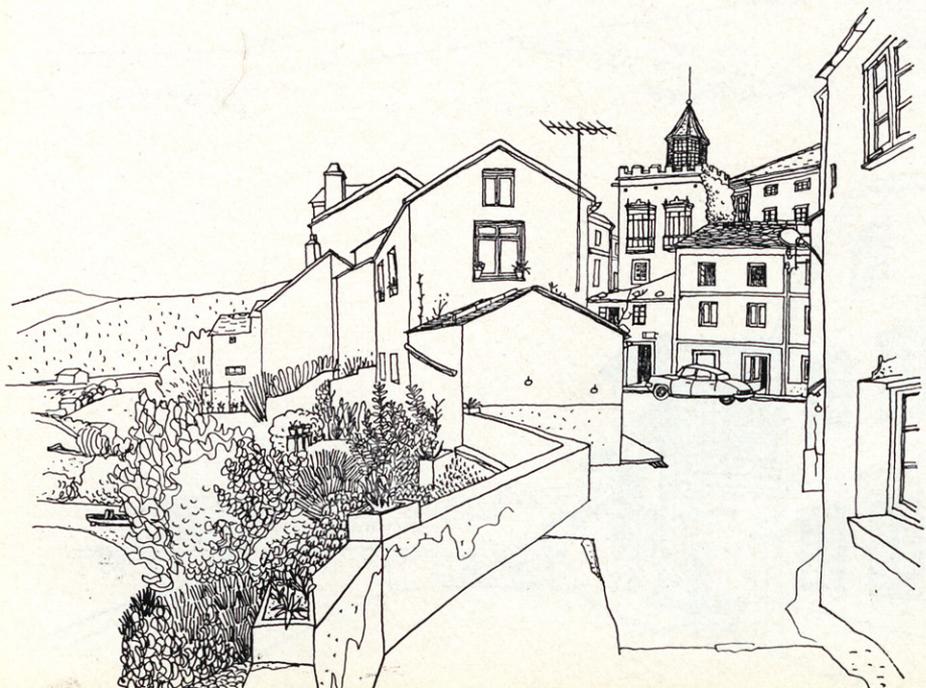
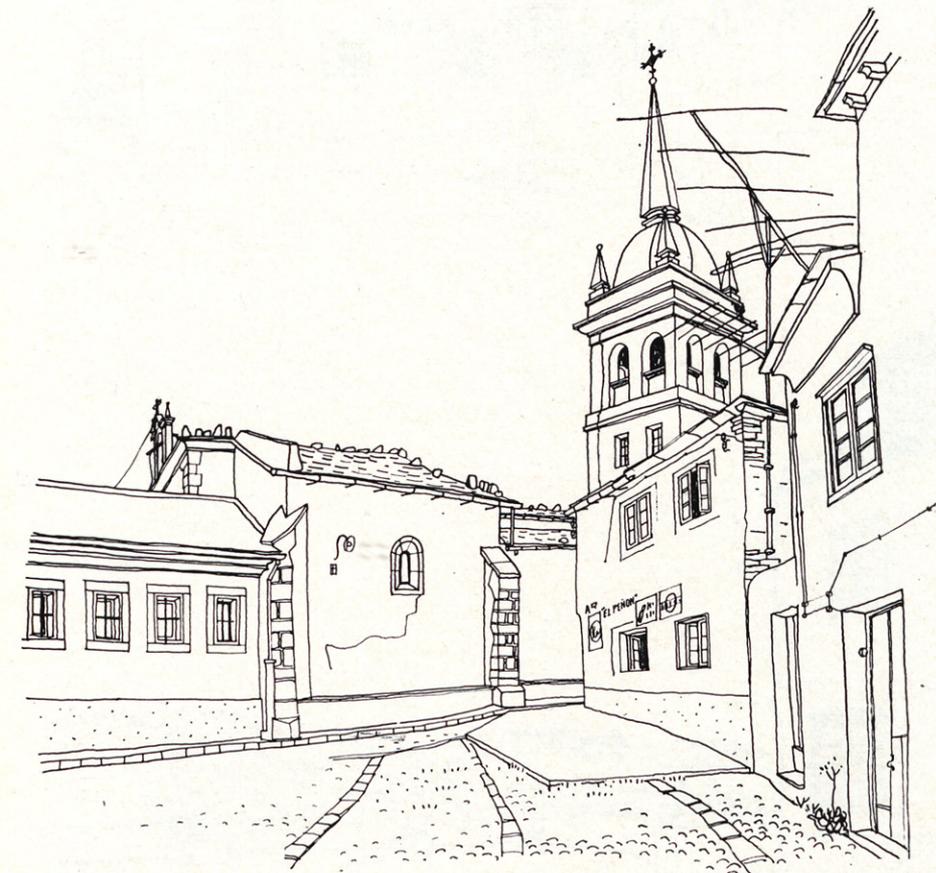


14

Al coronar el camino del mirador, la calle se precipita hacia pina escalera que arranca de la rampa que mira a Figueras. El antepecho encalado y las jardineras llegan hasta ella. Unos bancos, poco acertados de línea y material, están puestos a la sombra del sol de la mañana; desde ellos el antepecho tapa el paisaje, sobra.

La calle es aquí tan ancha que se hace aún más ingrato el pavimento de hormigón.





15

La línea de costa de Ribadeo es perpendicular al mirador y asoma espectacularmente sobre las cubiertas. La cúpula de escamas rojas y brillantes es como un extraño hongo sobre la superficie horizontal de los tejados grises.

A flor de agua, el muelle nuevo de Mirasol, el viejo puerto de Porcillán y el inútil cargadero del mineral de Villaodrid. De aquí saldrá el puente que sueñan los ribereños y que acortará el recorrido hasta Ribadeo. Si esto sucede, habrá nuevas perspectivas de la ría, pero el recorrido completo no será más que para los conocedores.

En este lado de Castropol, las casas se apoyan sobre una curva de nivel paralela al muro del puerto y forman una tímida barrera óptica que no llega a impedir la visión de la ría.

La hiedra da un carácter romántico a la casa más importante, de amplio portón de medio punto y reja resaltada, que no es propia del lugar. Una bombilla, viuda de pantalla, da una luz mortecina; aquí debió de terminarse el presupuesto municipal para luz fluorescente y pantalla ultramoderna.

La rampa es como una flecha tensada en el arco de la carretera del puerto, apuntando certeramente a Figueras.

16

Atrás quedó la tercera placita de este recorrido definida por el bar "El Peñón", el frente de casas contiguas a la sacristía de la iglesia y el mirador.

La torre de la iglesia asoma pesada y descaradamente detrás de la sacristía, y su cruz y la antena de televisión del bar dan un complicado garabato sobre la claridad del cielo.

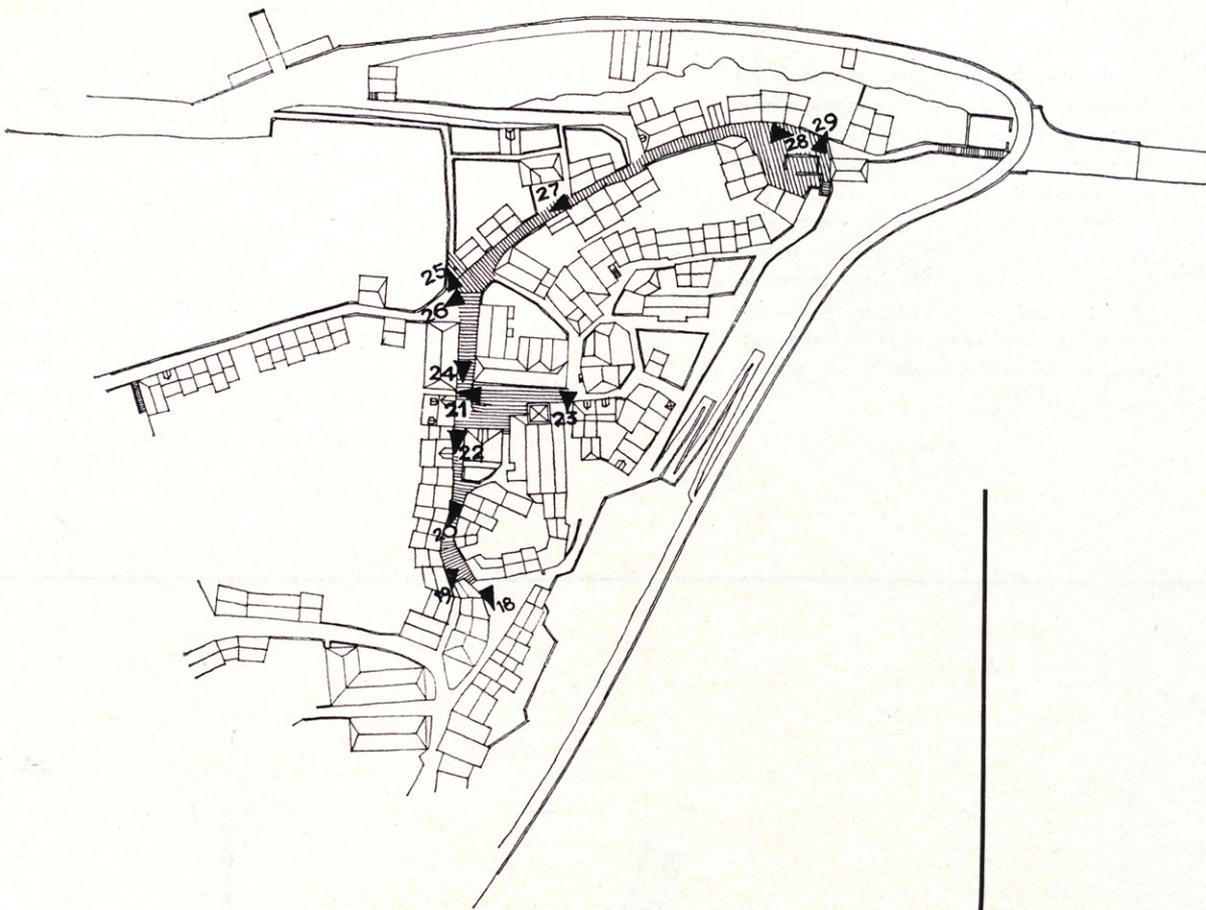
Es anodino el exterior de la sacristía, pero entre sus contrafuertes corre un banco de tapa de pizarra, que es buena solución, sobre una acera mínima de canto rodado y bordillo de pizarra hincada en tierra.

El bar se ha extendido hacia afuera por una superficie de hormigón que rompe un buen trozo de pavimento viejo de canto rodado, enmarcado por franjas del mismo material. La hierba crece siempre entre las juntas y da una superficie continua, rica en matices y adecuada para andar.

17

Más atrás aún, en el arranque del Mirador, se abre nueva perspectiva de la plaza de Rivadia. Medianerías angulosas en planos sucesivos y terrazas sobre el borde del promontorio, llenas de vegetación, enmarcan de un lado el viejo torreón almenado coronado por torre-observatorio, al que se han adosado dos miradores de perfiles metálicos que no parece le vayan muy bien. Es una mancha parda sobre las blancas fachadas.

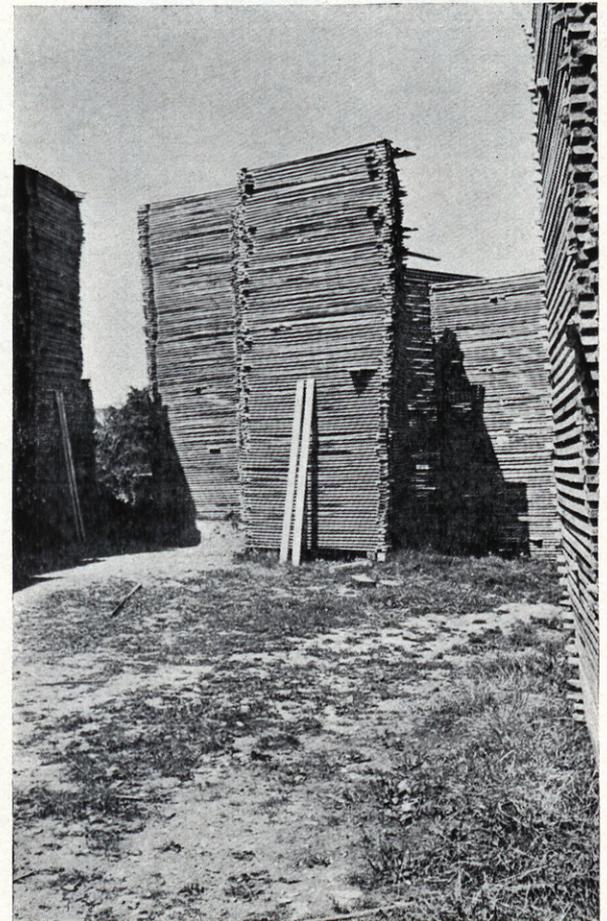
ITINERARIO II



18

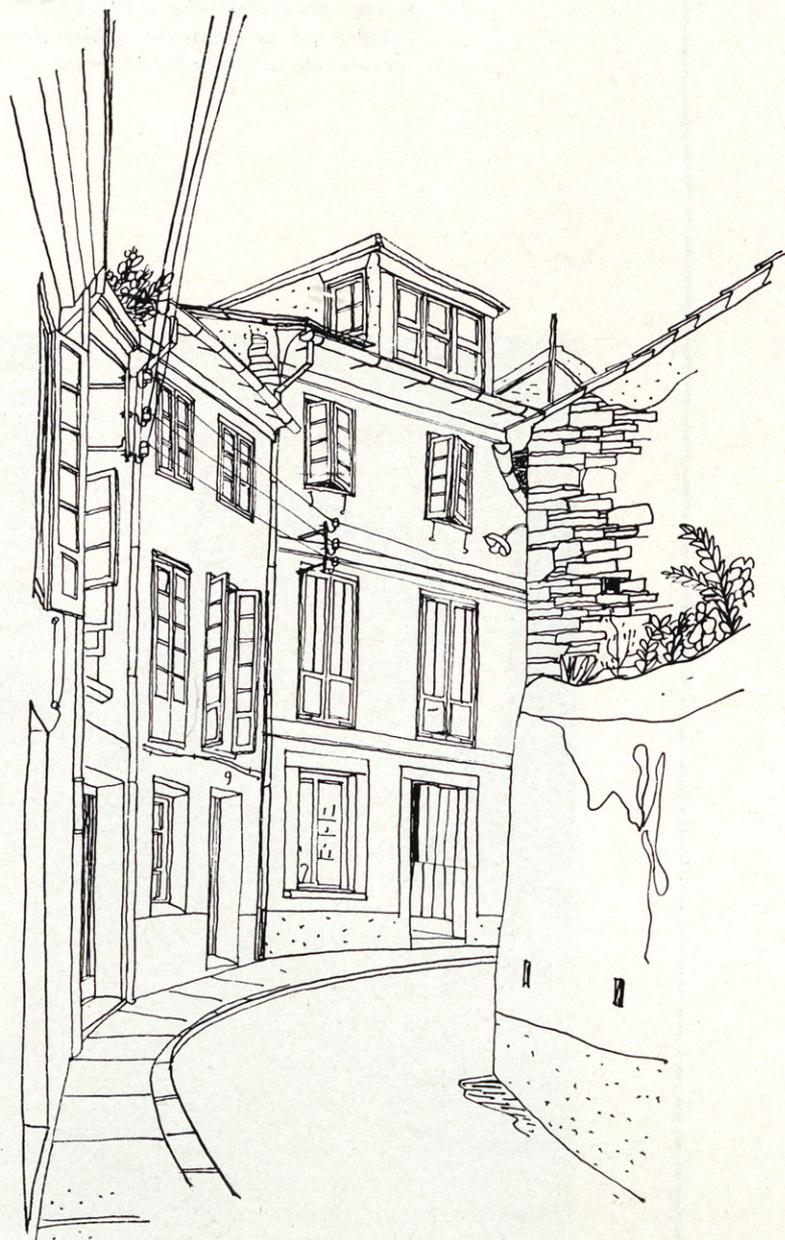
Internándonos por otro lado de la plaza de Rivadía, podemos llegar a la plaza de la Iglesia y del Ayuntamiento.

La calle es curva y se abre después, para que asome de nuevo la torre de la iglesia. Tiene acera de un solo lado para dejar espacio a los vehículos, y se repite el tipo de casa más generalizado: la estrecha y alta fachada, que se remata en ocasión, poco acertada, por un antepecho de terraza.



La altura de los edificios cierra excesivamente el espacio, encajonándolo, ahogándolo un tanto, por ser calle estrecha. Pero se rompe de poco en poco por un muro bajo que deja entrar torrentes de cielo y luz, como trampilla espacial.

La pizarra, en lajas horizontales, sin mortero en las juntas, aparece en alguna medianería, para que no olvidemos su modo de empleo.



La proximidad de la plaza se anuncia por la presencia de la torre de la iglesia, que se empina tras una casa escalonada, que parece hecha conscientemente para que la torre asome más.

Los muros de cierre de las fincas alternan con los de las fachadas de las casas y rompen la verticalidad de éstas. Sobran las señales de circulación, porque apenas hay tráfico de automóviles, pero ahí están por ese afán de copia de todo lo que suponga "progreso".



La iglesia y el Ayuntamiento definen la plaza cívica, larga y estrecha. La biblioteca y el Club de Mar están próximos. El tamaño de la plaza no está proporcionado a la altura de la torre, que asoma en ella muy escorzada.

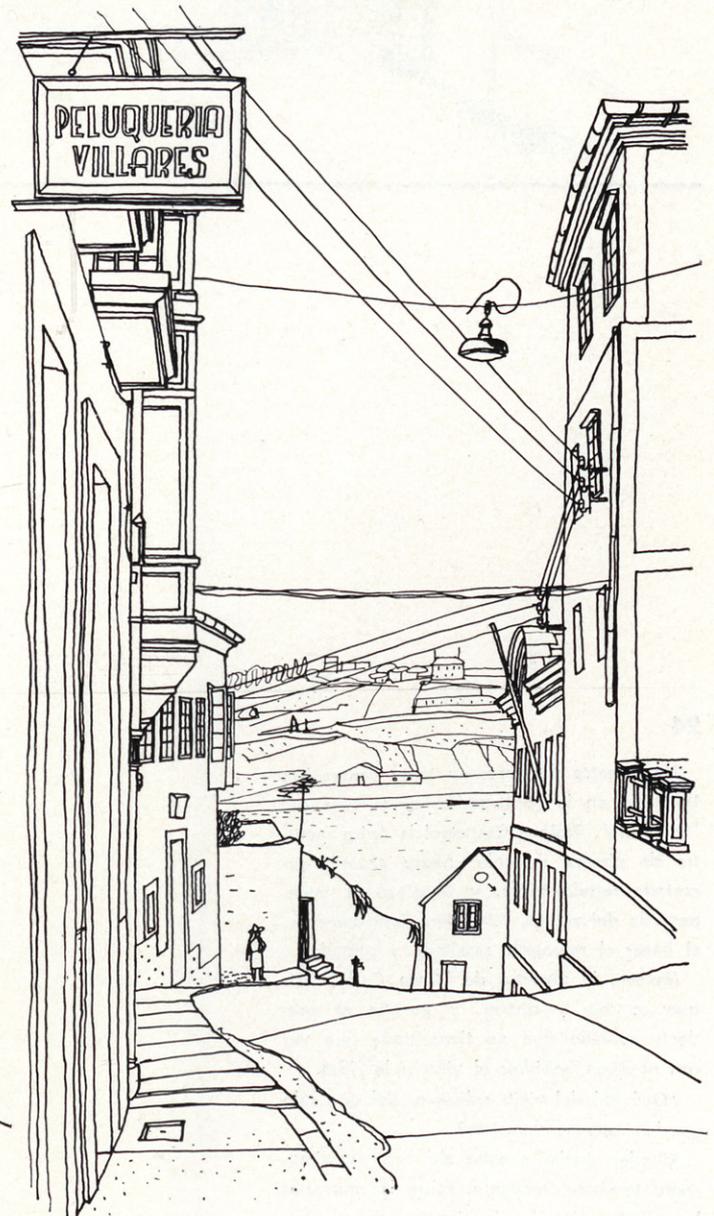
La iglesia no tiene interés arquitectónico en su exterior, y el edificio del Ayuntamiento es un caserón de fachada principal muy alargada y algo monótona, por la regular distribución y tamaño de los huecos, monotonía que rompe el balcón principal y la puerta.

La plaza desciende ligeramente en sentido longitudinal, pero la pendiente se corta por un murete de antepecho inadecuado, para crear un espacio de reposo en el que hay dos bancos de soportes de fundición y tiras de madera, propios de nuestros parques de principios de siglo.



A partir de la plaza, la calle pierde su horizontalidad y baja fuertemente hacia el muelle. Ribadeo aparece de nuevo, esta vez en el callejón óptico que definen la biblioteca y el Club de Mar, porque el "Bar Gato" y los muros se agachan para que pueda ser.

A veces, la acera vieja de losas de granito desgastadas por el uso, aparece en contacto con la nueva de hormigón, para que pueda verse el contraste. Se conservan pantallas esmaltadas del tiempo en que se realizó la instalación eléctrica. En una encrucijada de calles—hacia el parque una, hacia el muelle la otra—una fuente pública de pilar de fundición y feo grifo dorado, vivifica un espacio muerto.

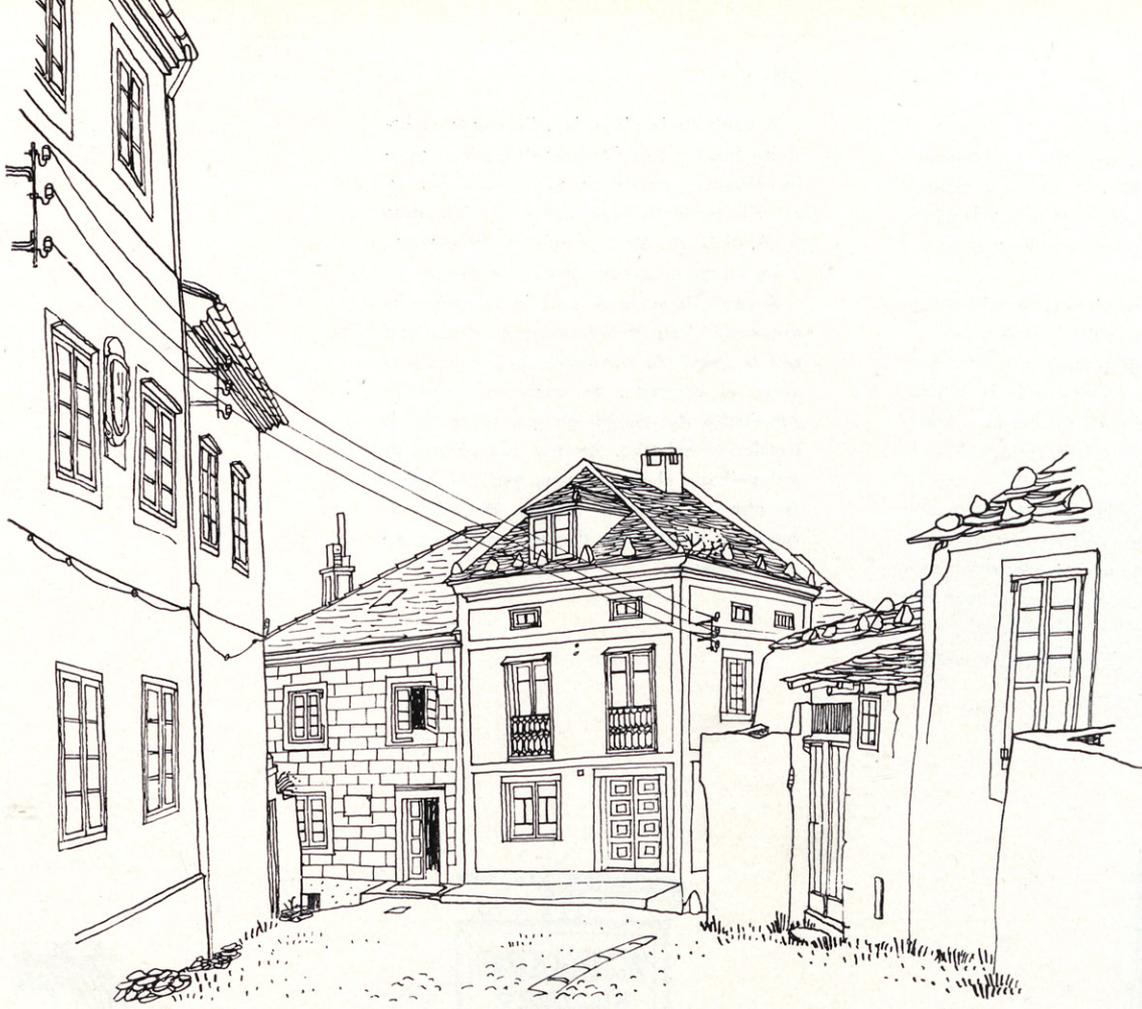


Del otro extremo de la plaza, otra calle baja también, rápida, hacia el mar.

La fachada lateral del Ayuntamiento contrasta en altura con la de las casas próximas, que dejan que el cielo entre en el cuadro y sea elemento principal.

El suelo de canto rodado vibra aún más con la lluvia y la hierba, y el musgo crece en las juntas y en los rincones no transitados.

Son inadecuados: el despiece del revoco, los antepechos exteriores de fundición de algunos balcones y los casetones de una puerta nueva.

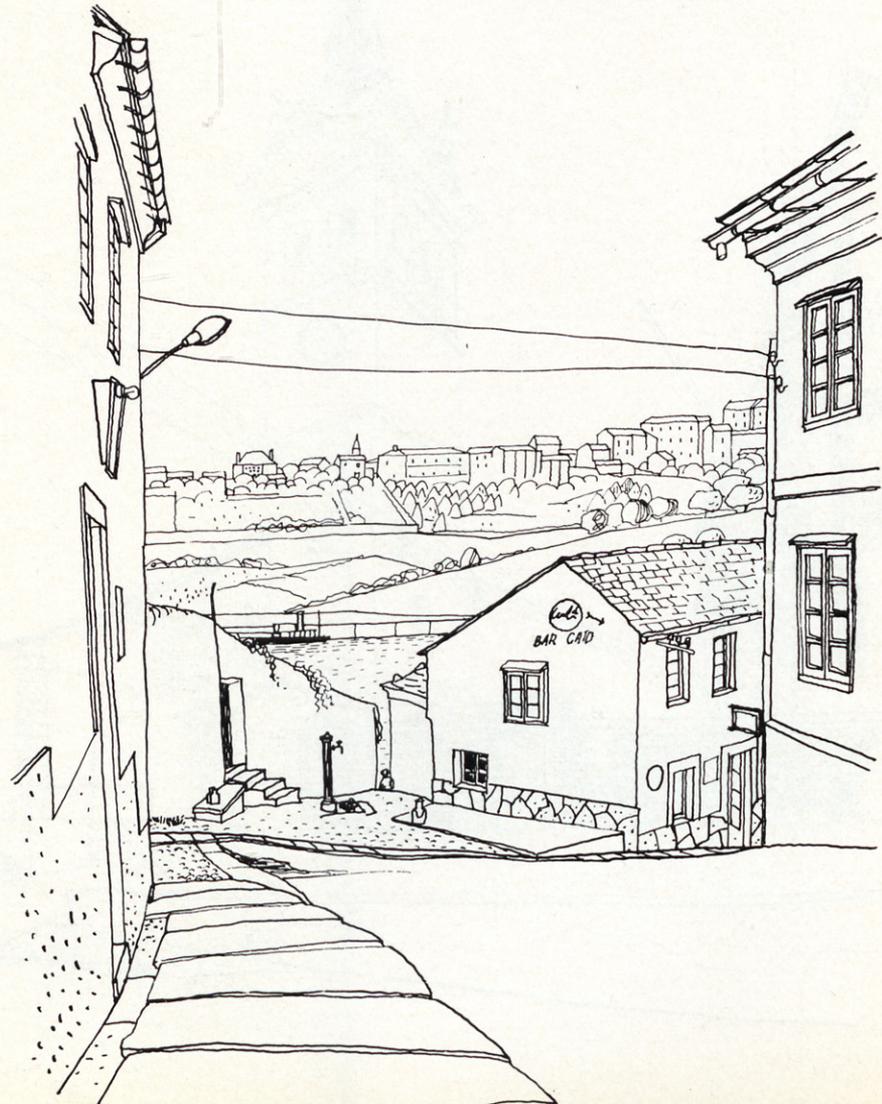


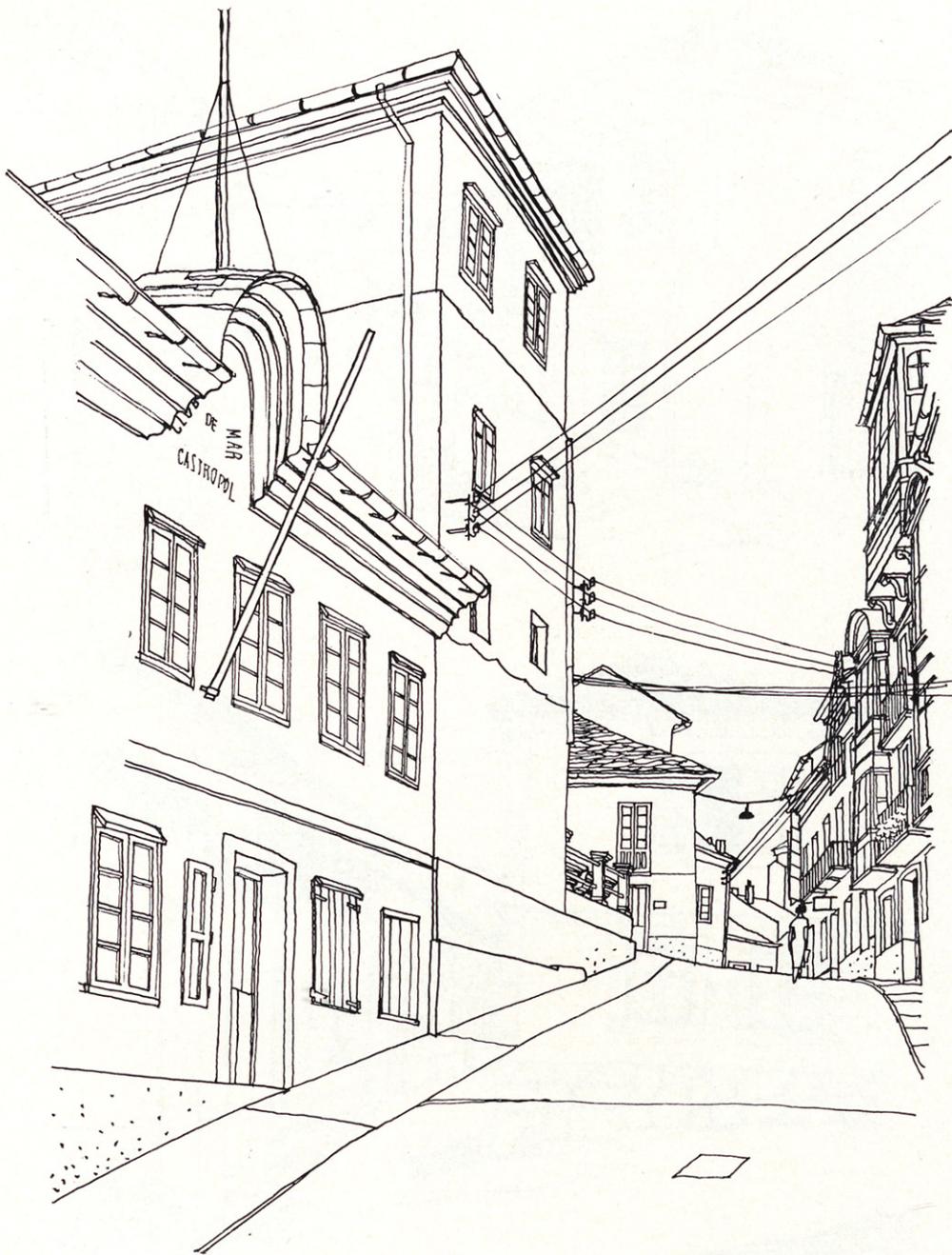
Un maestro de obras un tanto progresista intervino en la construcción de la casa del "Bar Gato". Trajo a Castropol la única muestra de pizarra de color negro azulado recortada regularmente, y despiezó la mampostería del zócalo, libre pero forzosamente, al hacer el rejuntado resaltado y pintado.

Molesta la muestra de "Coca Cola", porque es roja y distrae, y porque es producto extraño que no tiene nada que ver con nuestras bebidas: el vino o la sidra.

¿Qué fué del viejo enlosado, del que sólo quedan escasas muestras?

Ribadeo vuelve a estar ahí, muy próximo, como temática frecuente, sobre los muros o los tejados, con la ría siempre a sus pies.





25

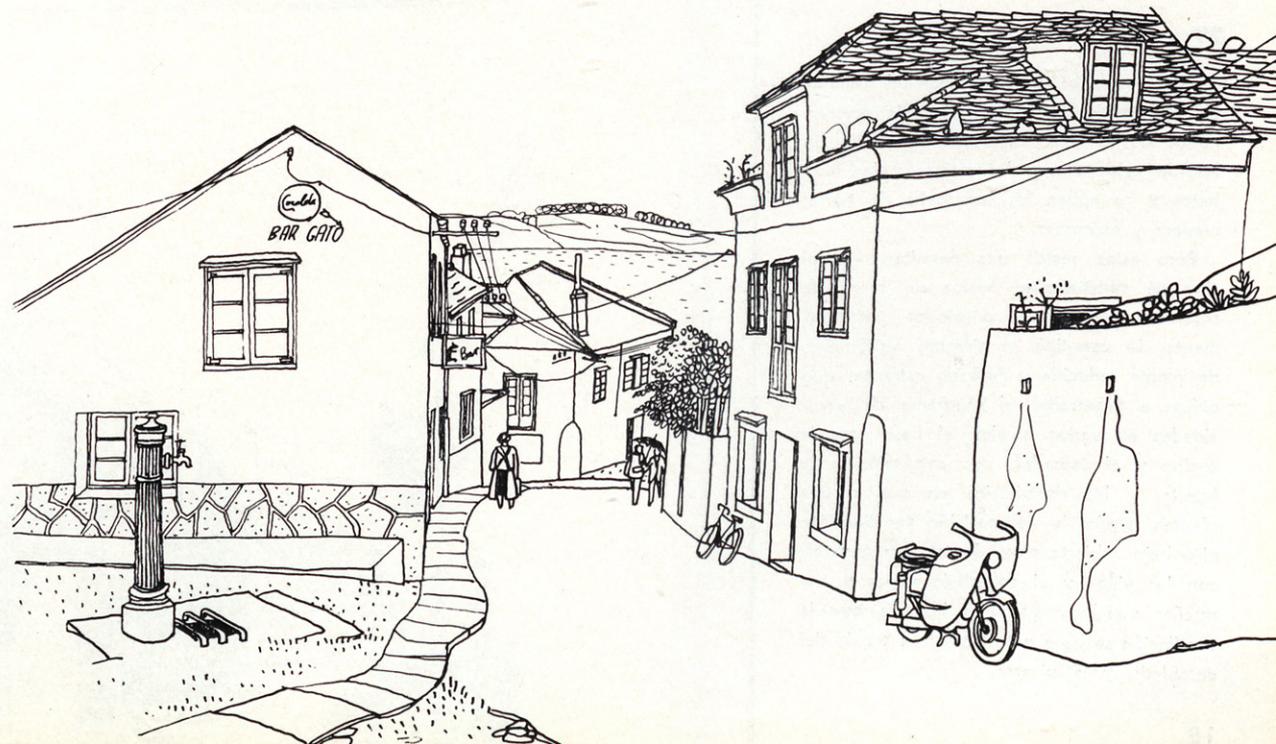
Desde la fuente pública podemos ver las casas que cierran por un lado la plaza del Ayuntamiento, la fachada lateral de éste y la del Club de Mar, de donde salen remeros de fama.

La masa blanca de estos dos últimos edificios es cegadora, cuando el sol de mañana es fuerte y su luz se hace más intensa por la masa de agua de la ría.

26

Bajemos hacia el muelle ayudados por la pendiente de la calle, pisando el hormigón, que es superficie más cómoda o la acera de granito, que nos hace marcar el ritmo al compás de sus losas.

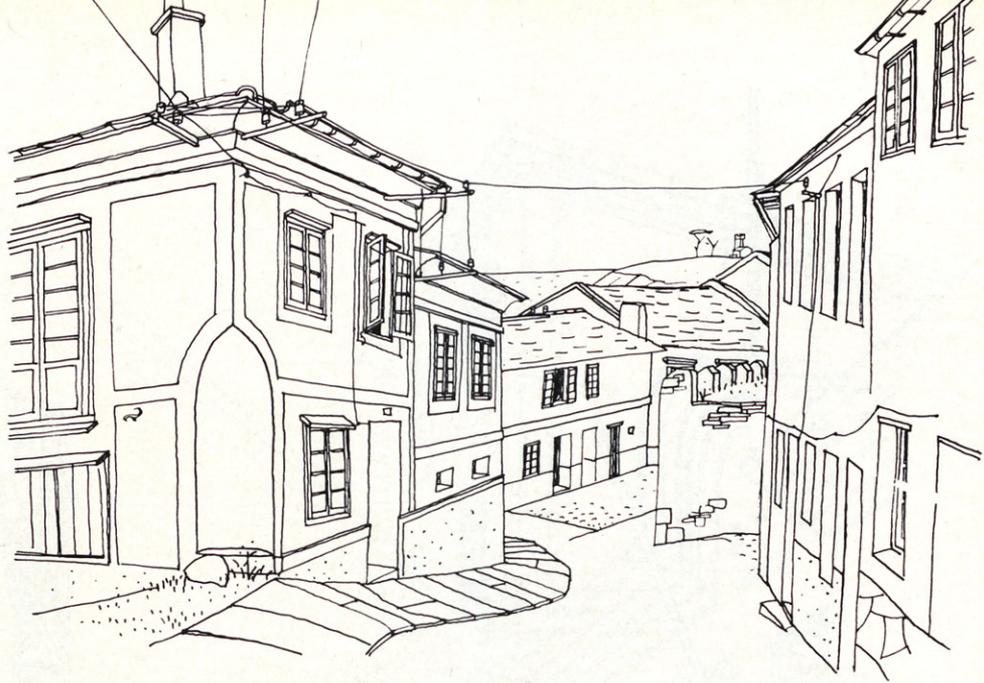
A veces, las casas populares más características tienen unas fachadas de huecos dispuestos con una simetría total. Las esquinas se achaflanan para dar más desahogo al paso de los carruajes, pero sólo hasta la altura de la primera planta, y las ventanas tienen siempre un vierteaguas superior, porque lo exige la disposición externa de la carpintería.



En ocasiones, los retranqueos y los quiebros de las alineaciones crean un pequeño caos en el orden general, más acusado por los saltos que van dando los aleros obligados por las pendientes de las calles.

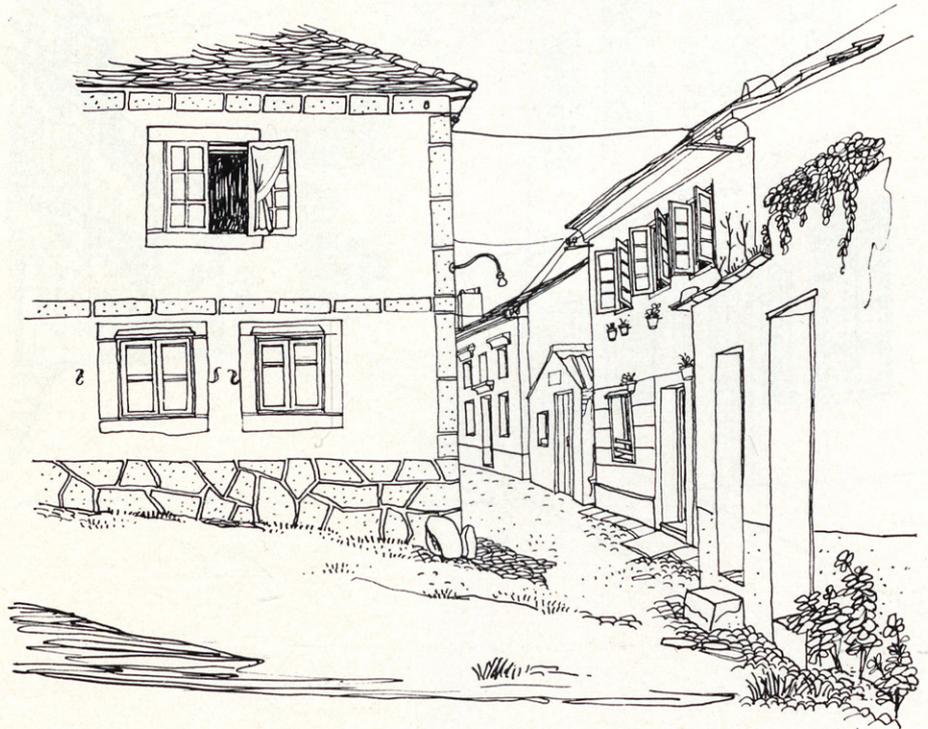
Un muro de pizarra vista, almenado, puede evocar la cerca que debió tener el Castro, cuando las invasiones de las gentes del Norte.

Las cubiertas son tema importante, porque los desniveles y la altura reducida de las casas hacen que entren en la escena en su totalidad.



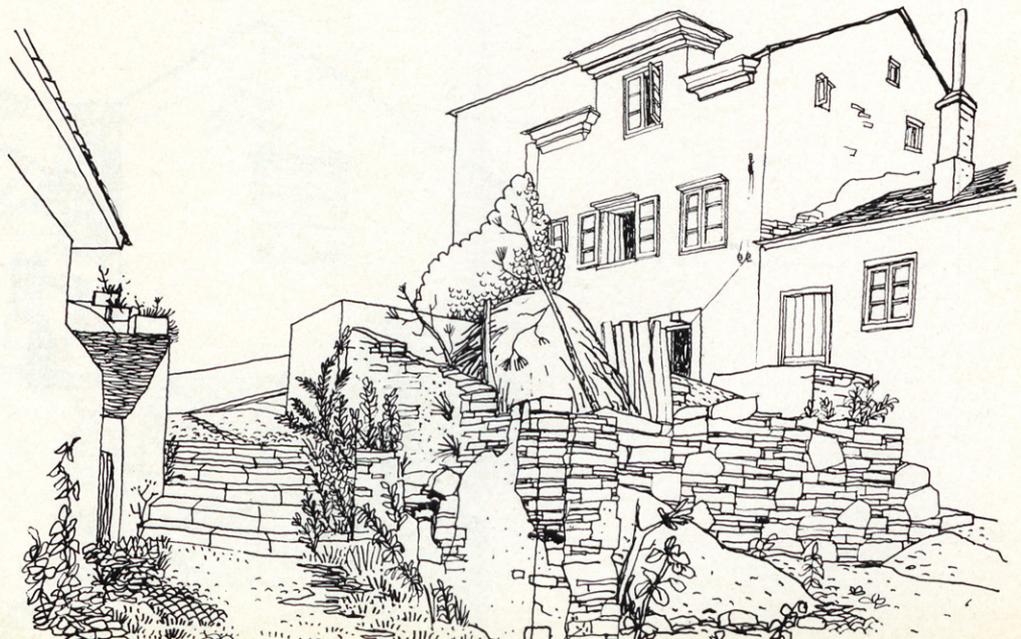
En los callejones más alejados del centro sucede lo que en todo núcleo urbano: la acción municipal no llega. Por ello, en Castropol, se conservan los pavimentos antiguos, pero descuidados a veces, con la superficie irregular, mala para caminar.

El módulo humano se conserva mejor y el carácter popular también, aunque en ocasiones se permitan libertades poco acertadas: el hastial de fachada de un pequeño edificio nuevo, con cubierta de fibrocemento.

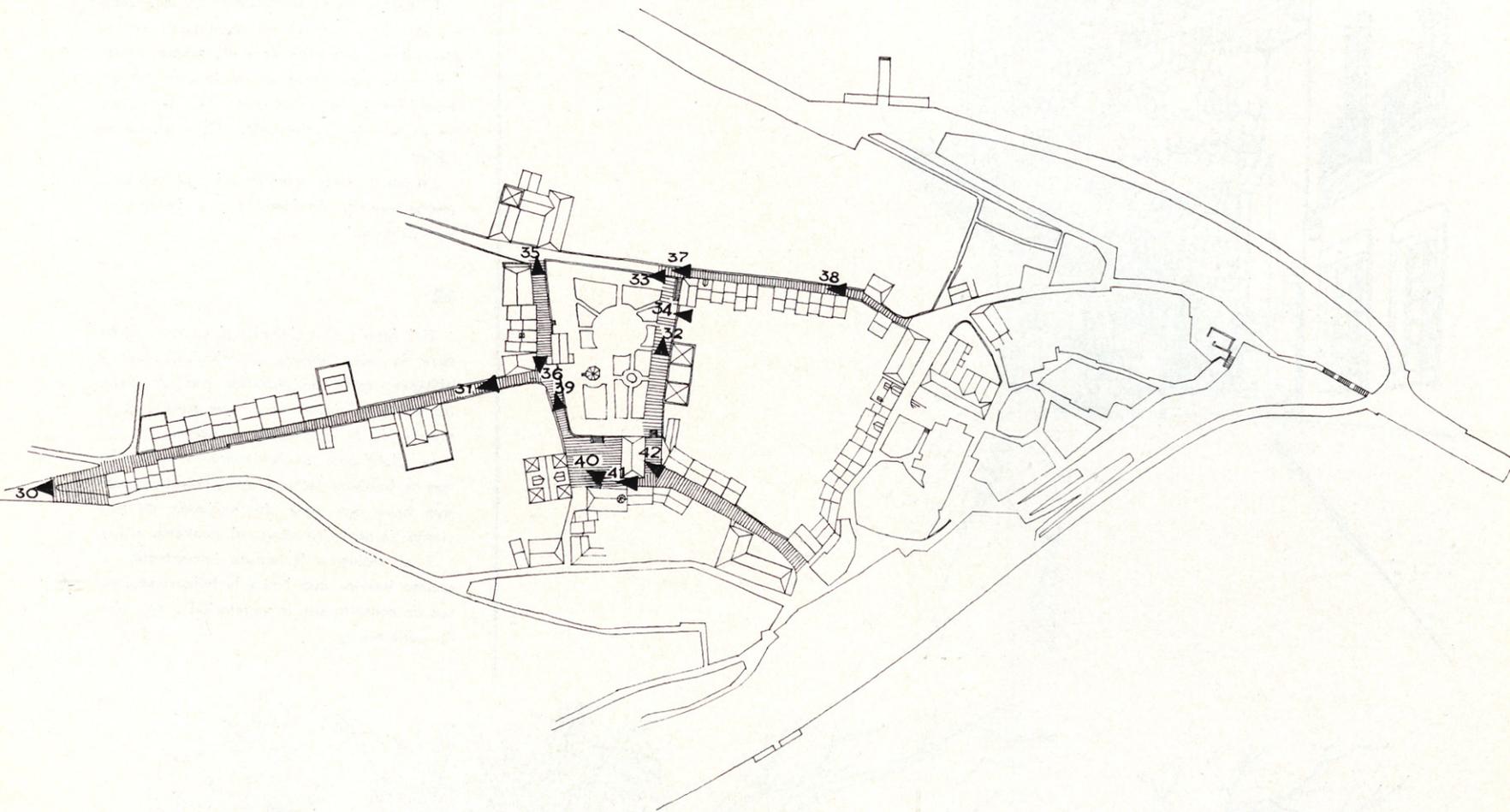


Este itinerario se enlaza con el anterior en un espacio que es de los más abandonados de la villa. Entre los restos de un edificio caído crecen las ortigas y los hierbajos y se apilan los montones de tierra, madera y escombros.

Pero estos restos nos permiten ver el tipo de construcción: muros de carga de pizarra enfoscados y encalados posteriormente. La casa-tipo es siempre unifamiliar, de planta reducida y fachada estrecha, que obliga a desarrollar el programa de necesidades en varios niveles: el bajo para la cocina y el comedor, con expansión a la huerta, y los dormitorios en una o dos plantas, según la composición familiar. Un piso bajo cubierta sirve de trastero general, con las vigas y el entablado vistos y pequeñas ventanas que dan luz, ya que la ventilación se hace naturalmente a través del entablado y la pizarra.



ITINERARIO III



30

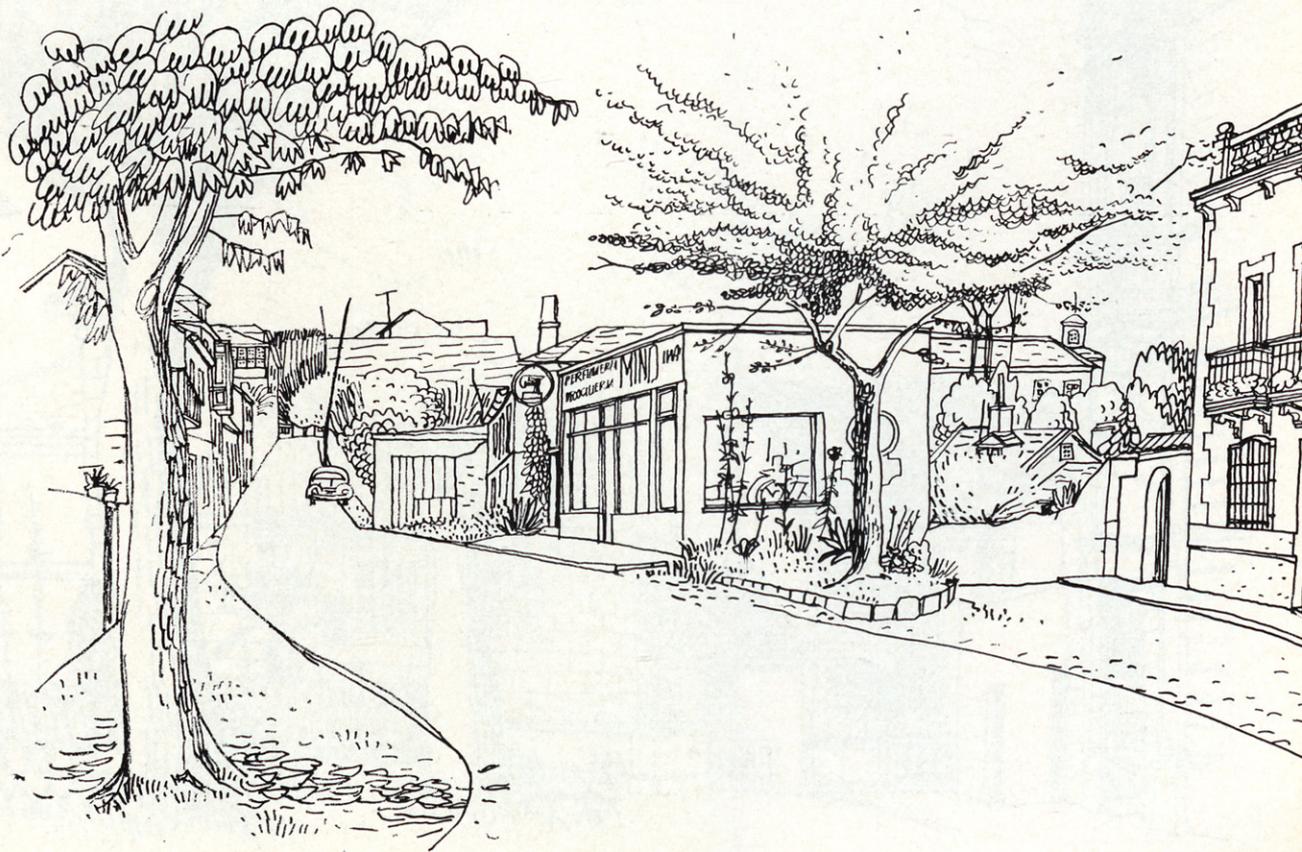
Una larga avenida de viejos árboles es el otro acceso desde la carretera general, y nos lleva directamente al parque.

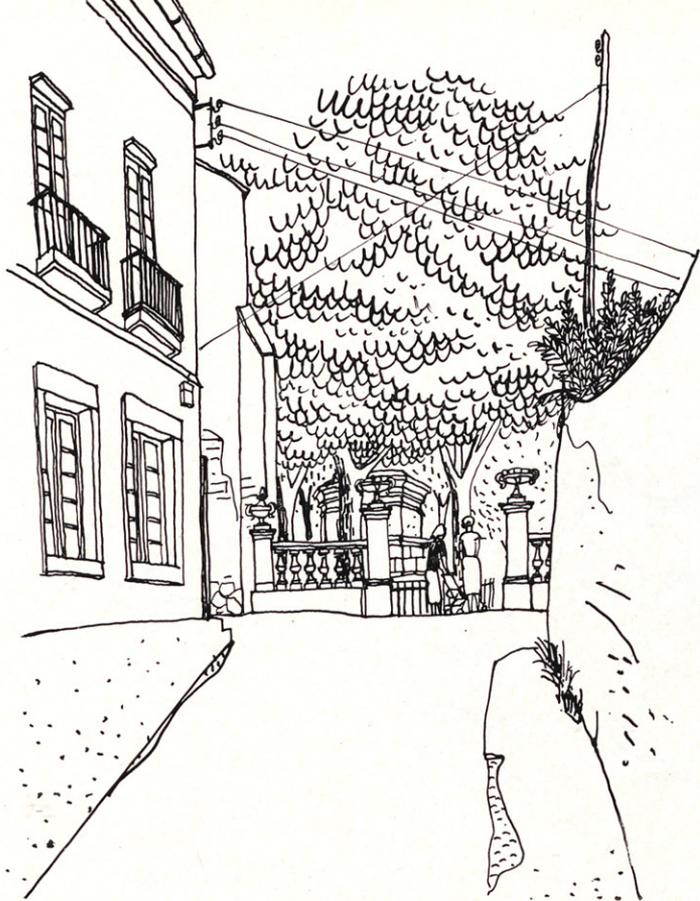
Esta zona de la villa está menos definida que la del Castro, pues es de transición entre éste y el campo. Las manzanas son grandes y deslavazadas, con un trazado de calles hecho a grandes rasgos, en primera intención.

La edificación no es tan uniforme como allí, pues la casa popular alterna con el palacio, la gran casona, la villa o la casa de campesino, según esté más o menos alejada del centro urbano.

La avenida desemboca en dos calles que llegan hasta el parque o hasta la pequeña plaza del Mercado. En la confluencia, una casa-cajón de una sola planta destinada a local comercial está pintada con colores llamativos, inadecuados.

La escena carece de interés, por no haber llegado a su formación definitiva; las alturas de las hileras de casas y del muro que cierra las huertas no dan intimidad a la calle.





31

El parque es el distribuidor de esta zona y, al mismo tiempo, el decantador de la villa. Una balastrada encalada separa ambas funciones, para dejar en el interior los árboles, los viejos y los niños bajo la mirada de bronce del marino Villaamil, y afuera el tráfico.

La ermita—tres cabezas y lápida sobre la puerta—asoma tímidamente y es fábrica sin pretensiones.

32

Está limpio y ordenado el parque, como toda la villa. Malvas y palmitas, rosas y plátanos, están encuadrados por un trazado un tanto rígido en el que manda la situación de la estatua de Villaamil.

La plataforma es horizontal y las calles que la bordean están a nivel más bajo para que haya una clara diferenciación de funciones: la dinámica abajo, el estatismo arriba.

Y el casino y la ermita incorporados al recinto interior que limita la balastrada, están en contacto con la vegetación y en extraña convivencia.

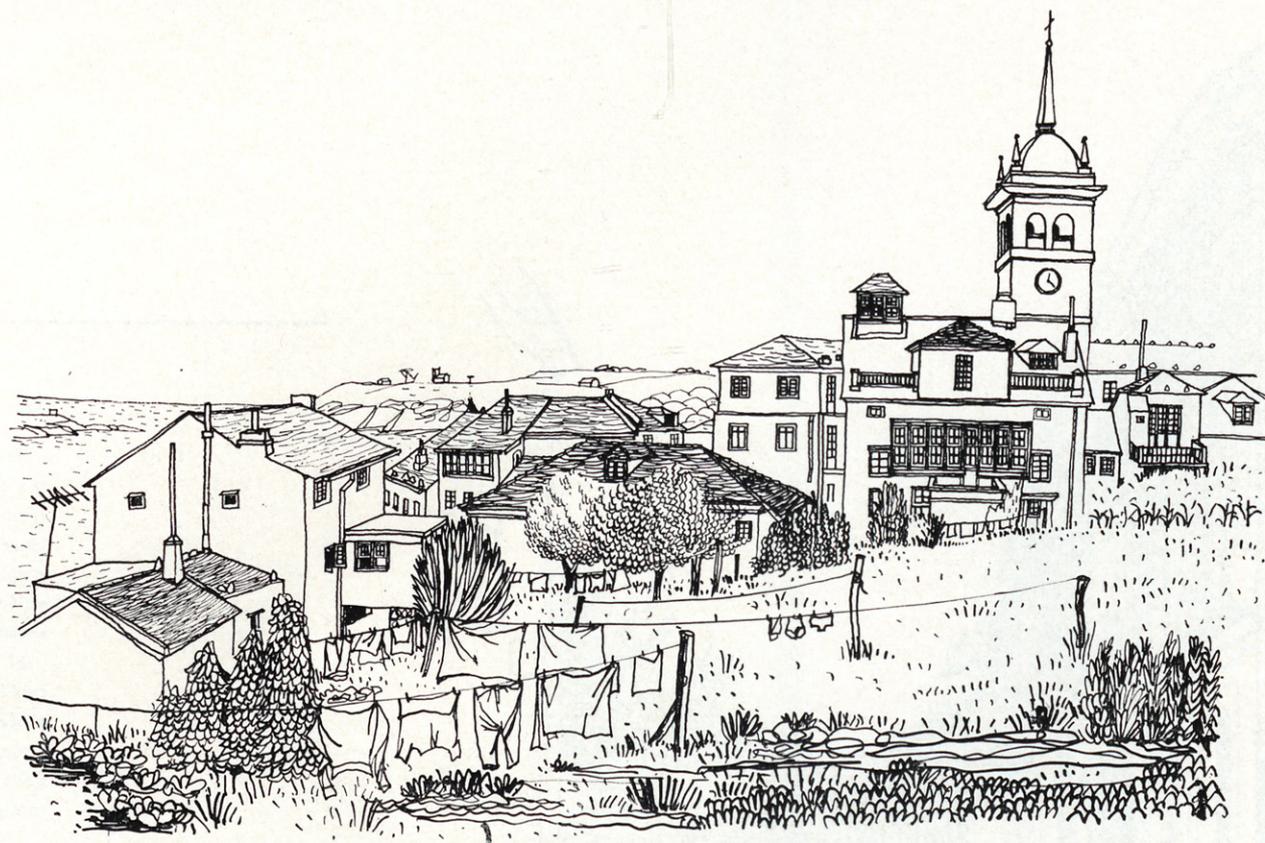
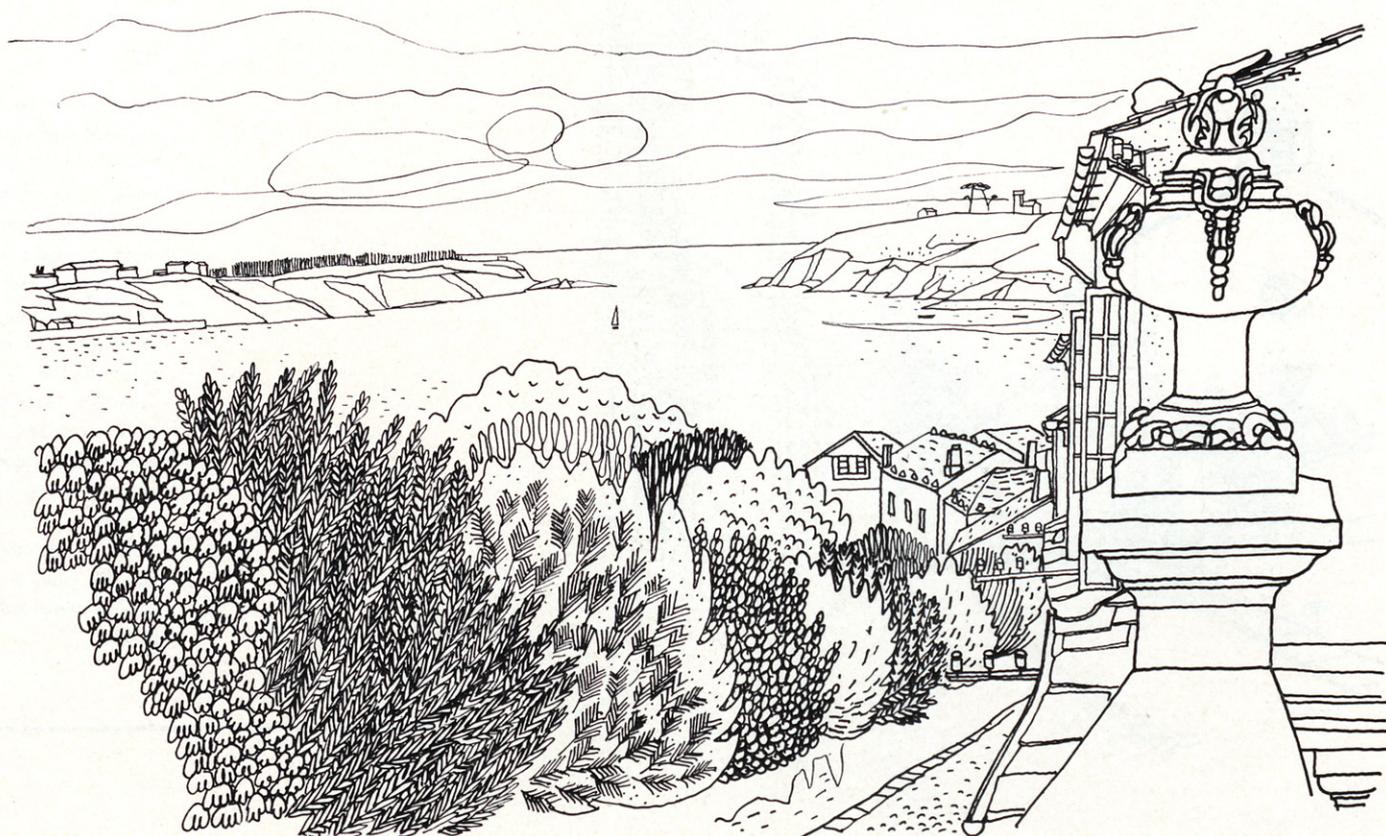


33

El parque se convierte en mirador sobre la ría, aupándose por encima de las copas de los árboles del palacio cercano. Puede verse la entrada de la ría con la punta de

La Luz del lado de Figueras y detrás de la otra punta, la isla Pancha, si un golpe de mar no se la ha tragado ya. Y a lo largo y alto de ella empieza a desarrollarse Ribadeo.

La tapia del parque del palacio cierra la salida al mar y conduce a las primeras casas del Castro. Y también, con sus árboles, impide ver la salida y llegada de las barcas.



34

Por uno de los lados del parque, por el del casino, el espacio se amplifica hacia las fachadas posteriores del núcleo viejo.

Unas huertas son frontera entre las dos zonas para que la perspectiva sea amplia

y repose sobre las casas y la torre de la iglesia, que puede verse ya sin escolzo.

En primer término, las ropas puestas a secar en tendedores elementales, exhiben la intimidad del vecindario.

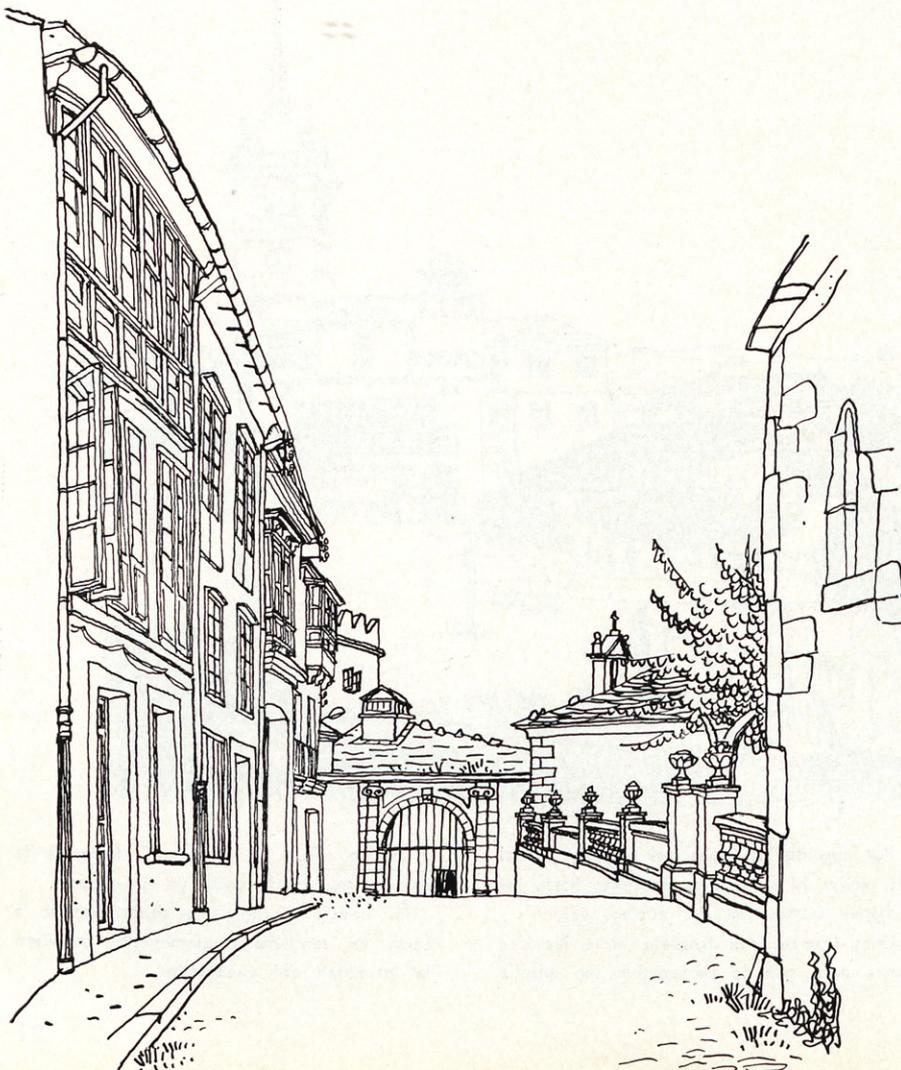


35

La ermita, pequeño volumen que sostiene pesados contrafuertes, debió plantear un problema a la hora de definir el parque y se tomó el acuerdo de incluirla dentro de la balaustrada, porque el espacio de recreo hubiera quedado sensiblemente reducido.

La piedra asoma en los contrafuertes y en las esquinas, lo que es lógico, para dar sensación de fortaleza; asoma también en el recercado de la puerta y en la minúscula espadaña, para dar una cierta riqueza a la obra. La lápida, "Esta capilla la fundó Diego García de Moldes. Año de 1461", y las tres cabezas coronadas fueron empotradas en el revoco.

Una hilera de casas guarnece la capilla por un lado, y queda en medio una calle bien pavimentada, salvo la acera de hormigón.



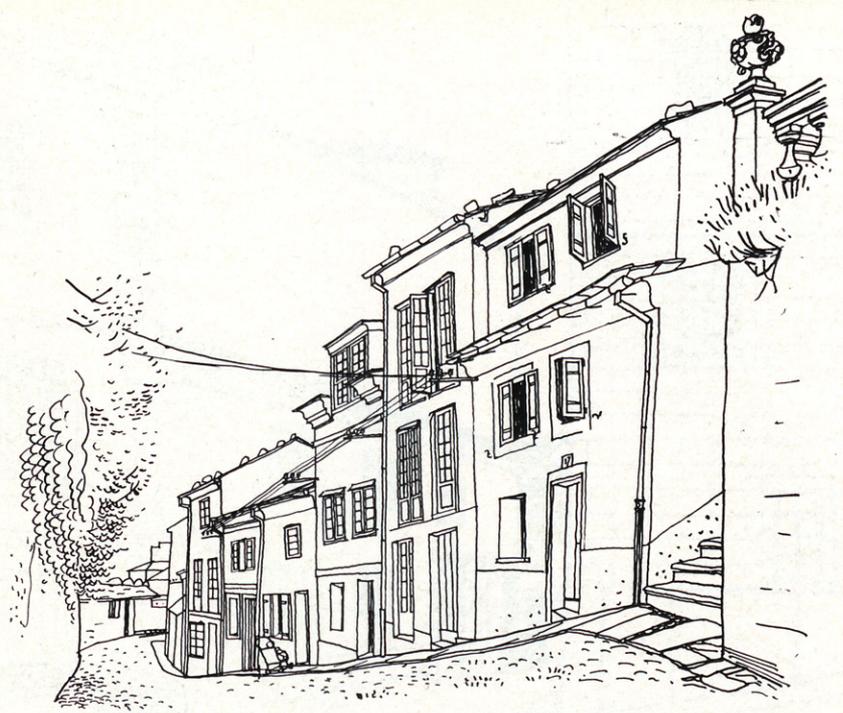
36

Esta hilera de casas incrusta el plano de sus fachadas en el palacio que bordea el parque y lo parte desgraciadamente. Es necesario ir al centro de este parque para poder verlo en toda la integridad de sus volúmenes. La puerta de entrada, falta de remate superior, queda centrada en la calle.

El palacio es importante, con torre, patio, capilla y parque y una situación privilegiada dominando la ría. Es un palacio barroco, como el de los Valledor, con buen patio asturiano de balaustrada de madera torneada.

Por empinada escalera se baja del parque a la calle que conduce hacia el Castro. Es calle pendiente, con morrillos y acera del lado de las casas y un muro continuo y alto, coronado por la vegetación del parque del palacio, cerrando la vista hacia la ría.

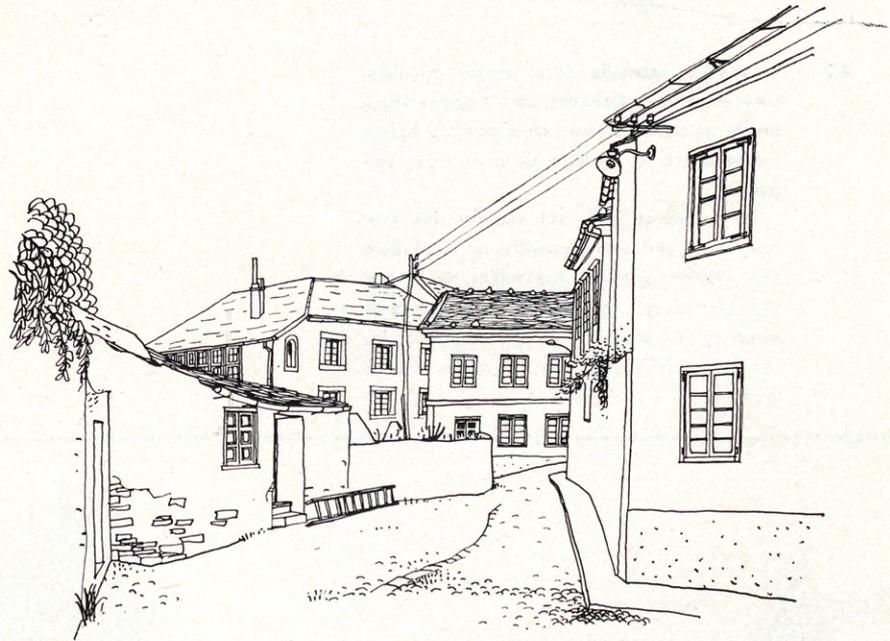
Un lado es gris-parduzco, gris sucio por la humedad, maltratado por el tiempo. El otro es blanco, con las manchas de color de la carpintería. Aquél es de coronación continua; en éste, los aleros se escalonan y los huecos saltan de un nivel a otro, como los chicos que corren calle abajo hacia el Club de Mar, hacia la iglesia o hacia el muelle.



El final de esta calle se enlaza con el itinerario anterior.

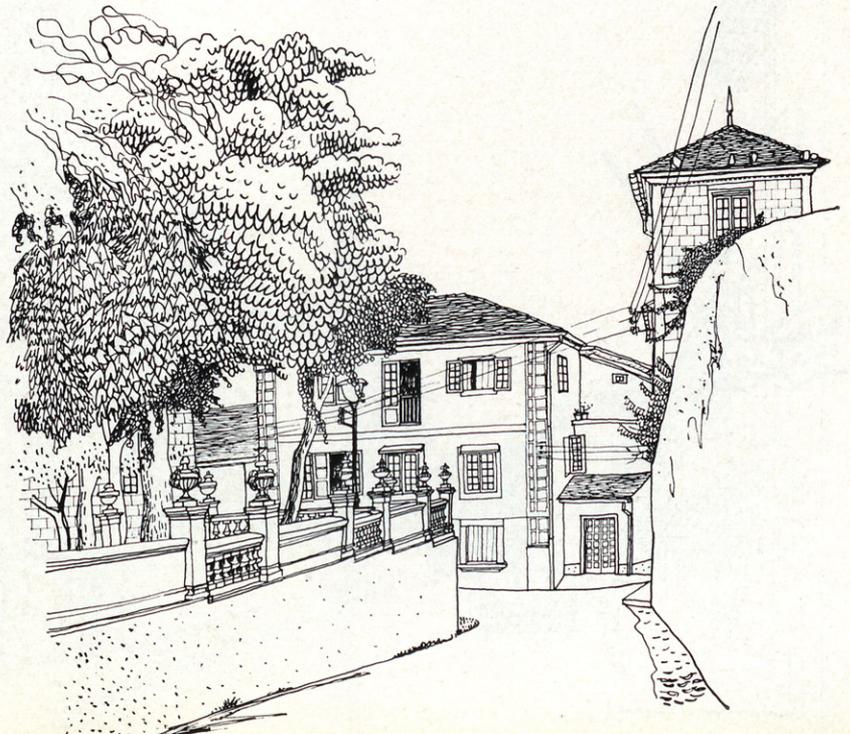
Sigue el muro cerrando los espacios libres de las huertas y la vegetación asomándose por encima de él.

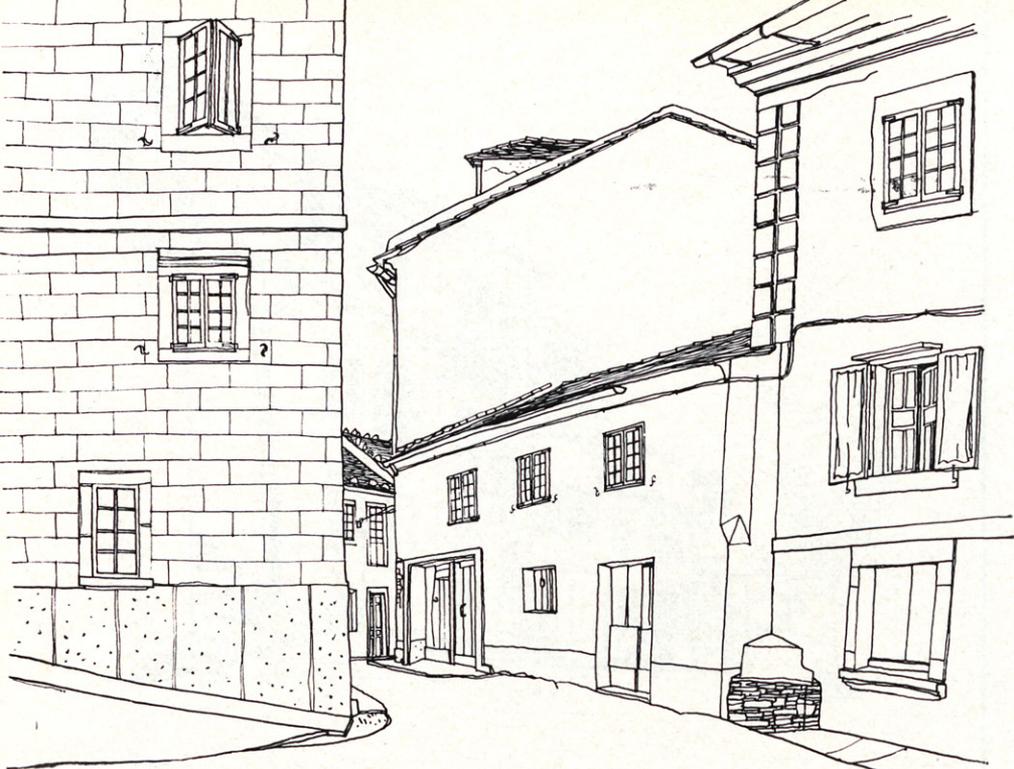
La calle, por excesivamente larga, se cierra con el edificio del Club de Mar. No hay nada extraordinario en ella porque todo es elemental, primario: casas modestas, pavimentos viejos, y muros limitando la huerta donde el pescador, vuelto del mar, recoge el maíz o las patatas.



El parque está rodeado de edificios importantes, los de mayor volumen de la villa: el casino y las grandes casonas de los ricos propietarios de ayer. Proporcionados al espacio que encierran, rompen su continuidad en algún tramo para incorporar a la escena interna un nuevo aspecto urbano o simplemente, naturalmente, como sucede en tantas ocasiones, un trozo de ría.

La balastrada encalada, como se escribe antes, crea un tajo apreciable para separar los espacios de los que pasan y de los que juegan o reposan. Las hojas de los árboles cierran el espacio superior, infinito, y entre ellas, la algarabía del trinar de los pájaros aumenta, cuando vuelven a sus nidos o a sus ramas al caer el sol detrás de Ribadeo, cuando la humedad sube de la ría y lo empieza a empapar todo.





41 La vista, serenada en el parque, se encajona entre altas fachadas para lanzarse libremente al cielo, después de detenerse brevemente sobre la pantalla de unas casas vulgares.

Las ventanas son casi siempre las mismas; rara vez está remeteda la carpintería con relación al muro. Los cables de la luz, algunas veces, se multiplican innecesariamente y las pantallas de iluminación y los aisladores están siempre presentes, molestando.



40

No hay calle del lado del casino, aunque sí amplia acera que le sirve de terraza y que se prolonga bajo los árboles, cuando el tiempo es propicio y se han terminado las partidas de subastado o de julepe.

Pero el parque se abre hacia Rivadía, en corto tramo recto que se quiebra en seguida y baja, porque estamos en la parte más alta del promontorio.

La sensación de enclaustramiento, de cierre, es completa, pues si la edificación es baja, una medianería hace de telón de fondo, enlazando el infinito continuo del cielo, con la animación que dan las ventanas, los despiezos y los zócalos.

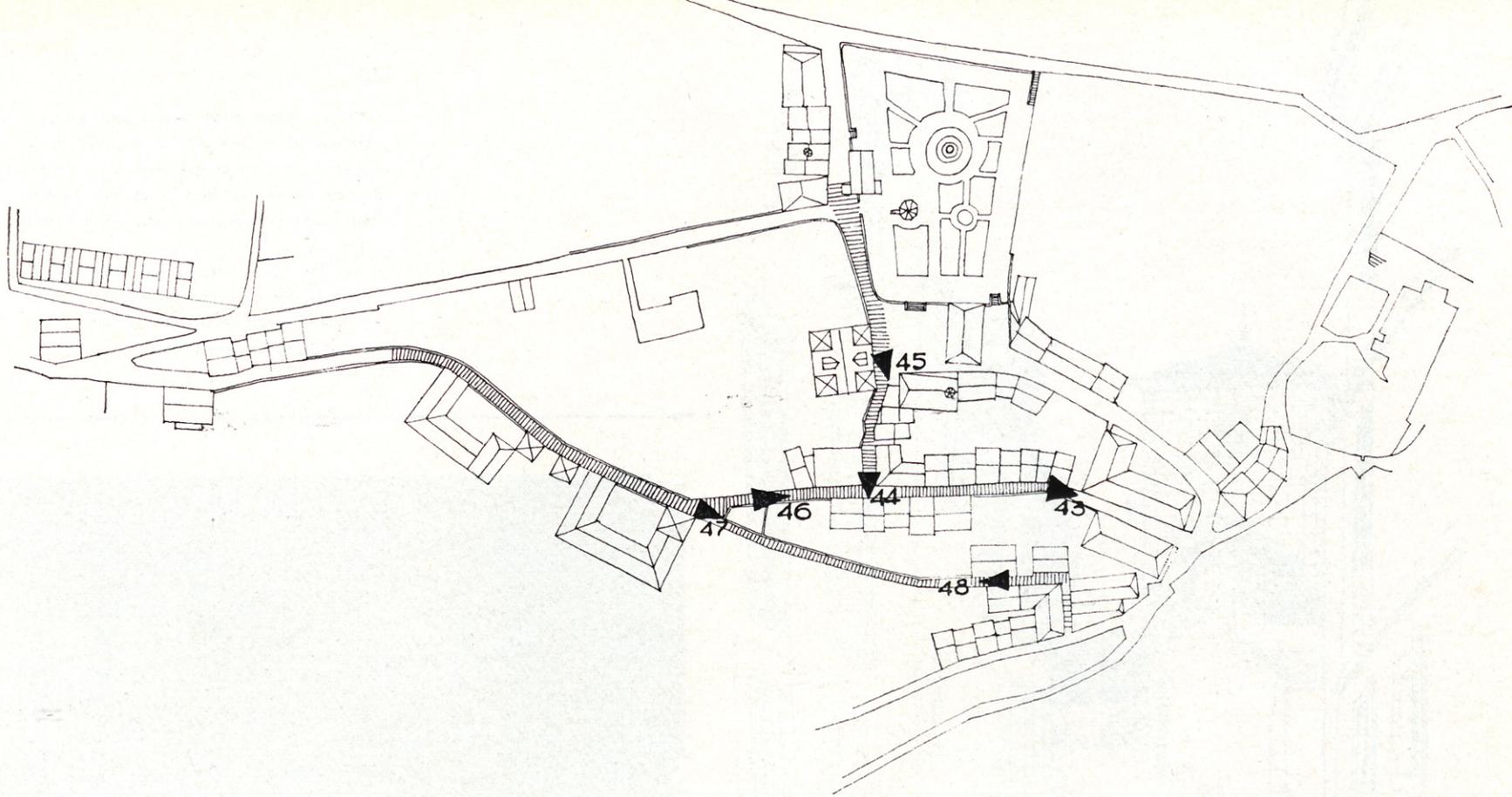


42

Las villas con jardín y las grandes casonas se intercalan aquí y allá, entre o frente a las recatadas casas populares. Un muro o la verja de un jardín rompen el ligero escalonamiento de los aleros, ensanchando el espacio, que se cierra de primavera a otoño con la vegetación.

Sobre una cubierta de pizarra, de vez en vez, un característico mirador-observatorio para ver los barcos llegar, como en Cádiz.

Y siempre o casi siempre, el pequeño módulo en las casas, en el despiezo de las ventanas e incluso, en alguna zona, en las manzanas.



OTROS ITINERARIOS

43

Desde Rivadía puede llegarse a la confluencia de calles que hay al final de la avenida arbolada—en la que iniciamos el último recorrido—por calle larga, a nivel en su arranque, pero que baja después hacia el solar de los Valledor.

No hay línea continua de aleros, aunque la calle sea horizontal y, además, se produce de cuando en cuando un escalón más acusado porque los muros que cierran las huertas son más bajos.

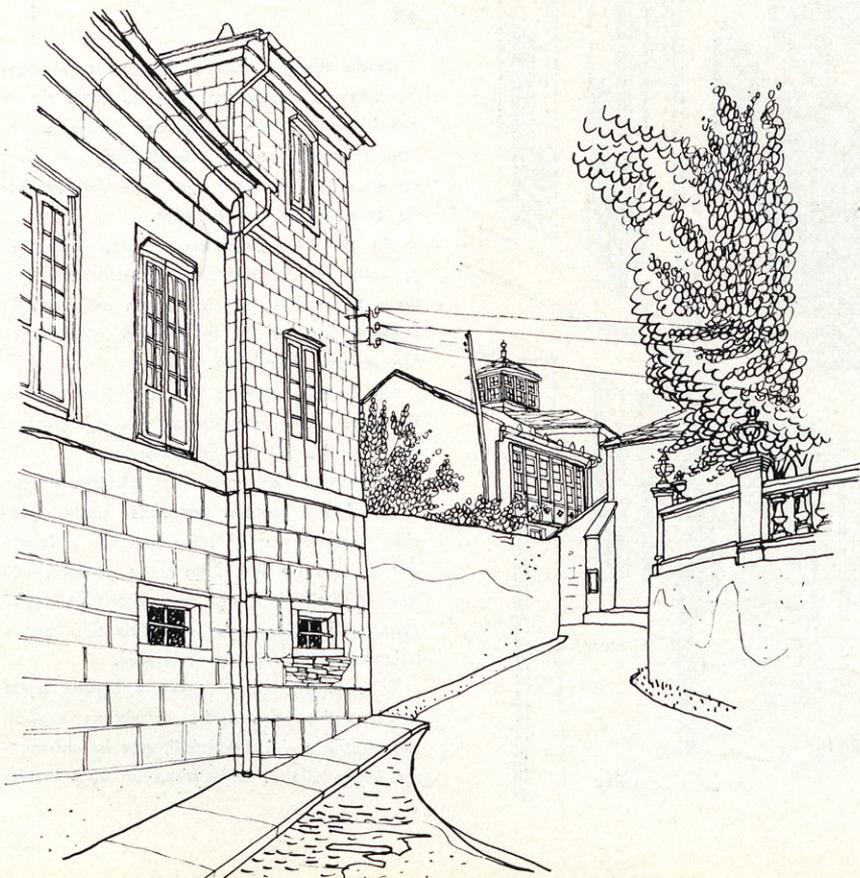
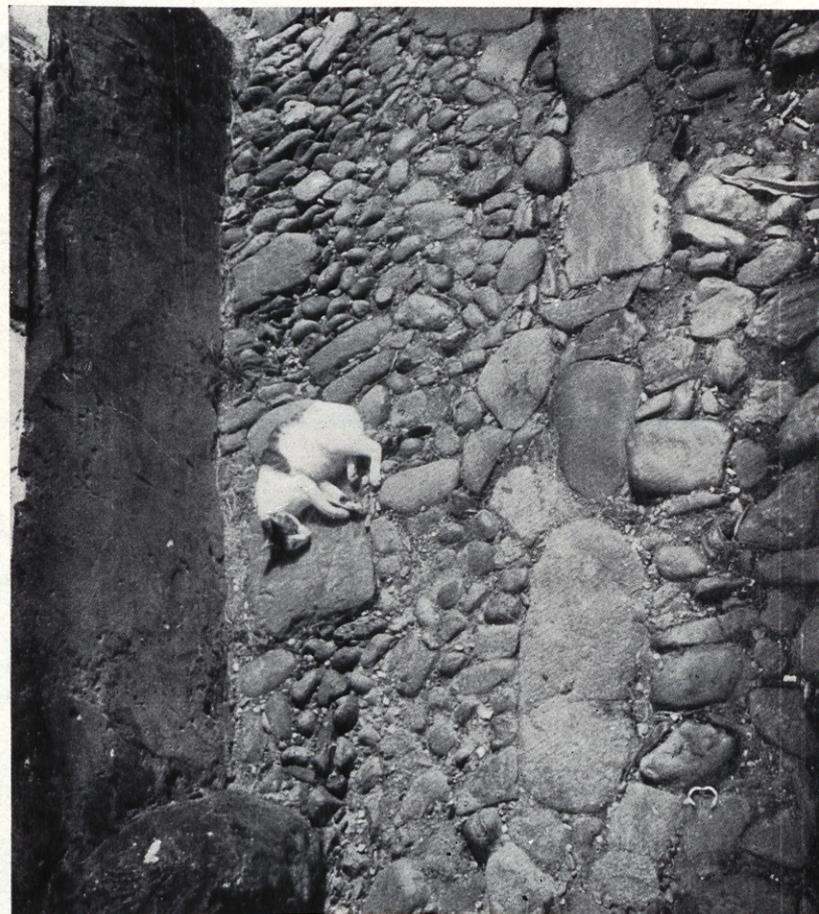
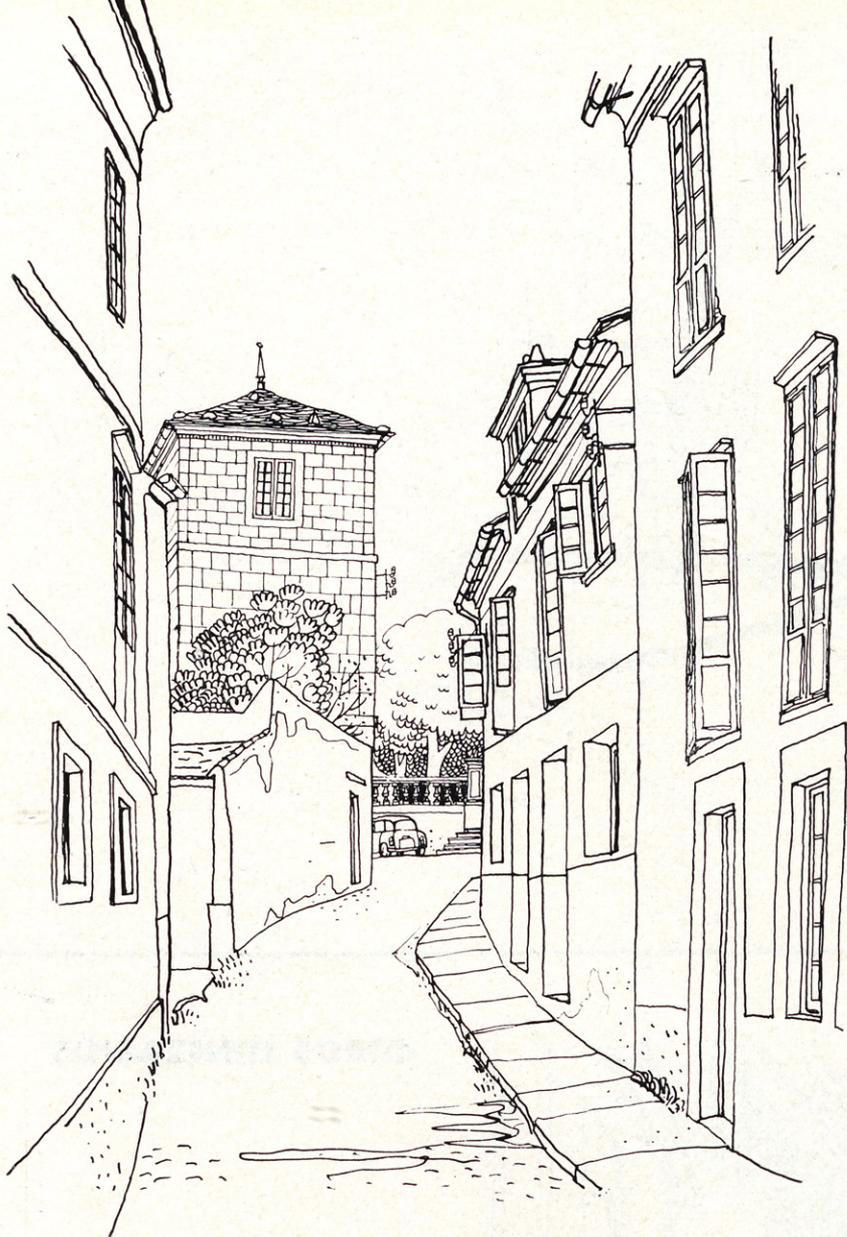
Un balcón saliente es tema extraño en Castropol, pero está presente en algún punto por capricho de su propietario.

Ya hemos visto cómo las paredes medianeras al aire asoman por todas partes, porque, aunque son el terror de los ordenancistas, aquí no los hubo y se trataron con una simplicidad que es un contento. La vista reposa en ellas de la legión de ventanas y balcones que cuaja las fachadas.

Es raro encontrar aceras a ambos lados de la calle, pero están en alguna ocasión para suplicio del automóvil, que ha de montar sobre ella al convertirse en cosa inerte.

En un punto dado puede uno volver a asomarse al parque público a través de un callejón corto, en el que destaca el torreón de una de las grandes casas que lo bordean. Casa con huerta y con muro que la cerca.

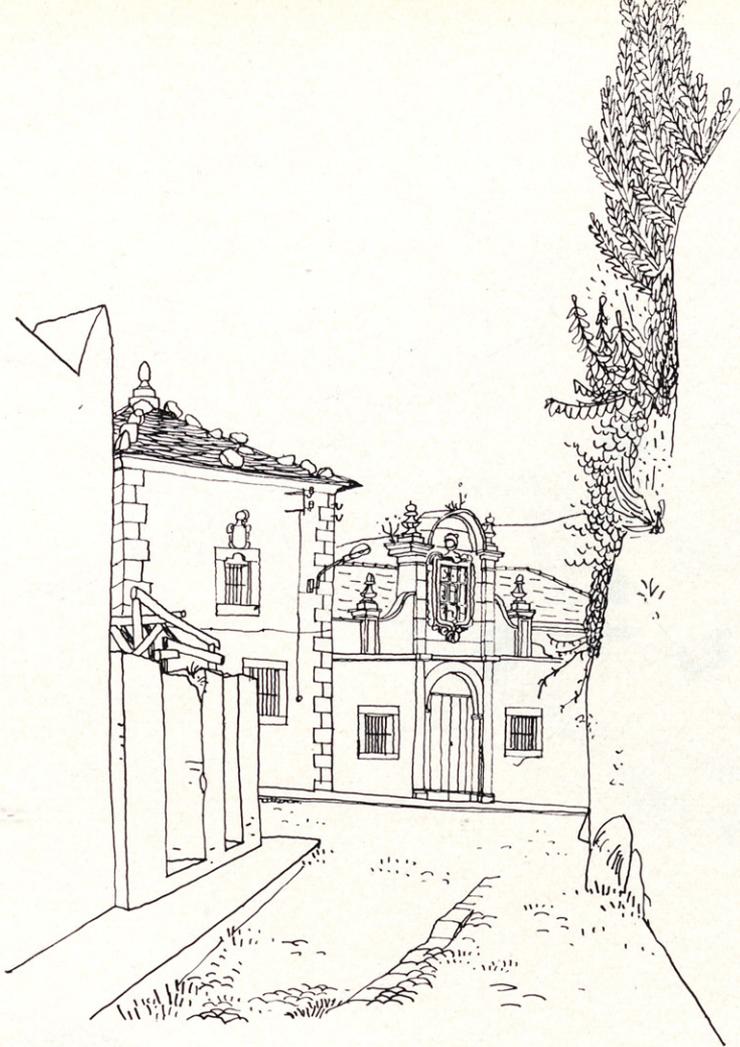
Se acusa la diferencia de nivel de calle y parque por el muro y balaustrada. Villamil queda atrás, oculto por los árboles, soñando singladuras marinas.



El callejón se prolonga hacia la capilla por un lateral del parque. Una acera enlosada nace con el primer caserón de la plaza, que es casi palacio de traza clásica, con sus cuatro torreones flanqueando las esquinas y despiezo imitando sillería, que queda bien, porque el tiempo ha suavizado el contraste de las líneas.

Los balcones están recercados por caliza para dar mayor importancia al edificio, pero la carpintería es popular, exterior.

Como contraste, el muro de la huerta y la balaustrada blanca del parque, con sus copas dieciochescas; también encaladas. Y una torre-observatorio se eleva sobre el conjunto para ver la ría.



46

"El solar de Valledor, antiguo de gran valor", pazo de característica traza barroca con el frontón circular, que es tema de la Audiencia de Oviedo y del Ayuntamiento de Lugo. Pero en versión más sencilla aquí, acomodada a la mayor simplicidad del conjunto.

Revoco y granito bien dosificados y pizarra en las cubiertas. La única ostentación está en el gran escudo, que pesa demasiado sobre la puerta.

El dueño debió de impedir la colocación de la pantalla de luz.

48

Un rincón cualquiera de una zona cualquiera. Nada importante en él. Se puede estar o pasear muy a gusto en estas calles solitarias y silenciosas, vividas casi exclusivamente por la vecindad.

El interior de la casa sale aquí a la calle; se trabaja en ella, se reposa en ella, se conversa y se convive.



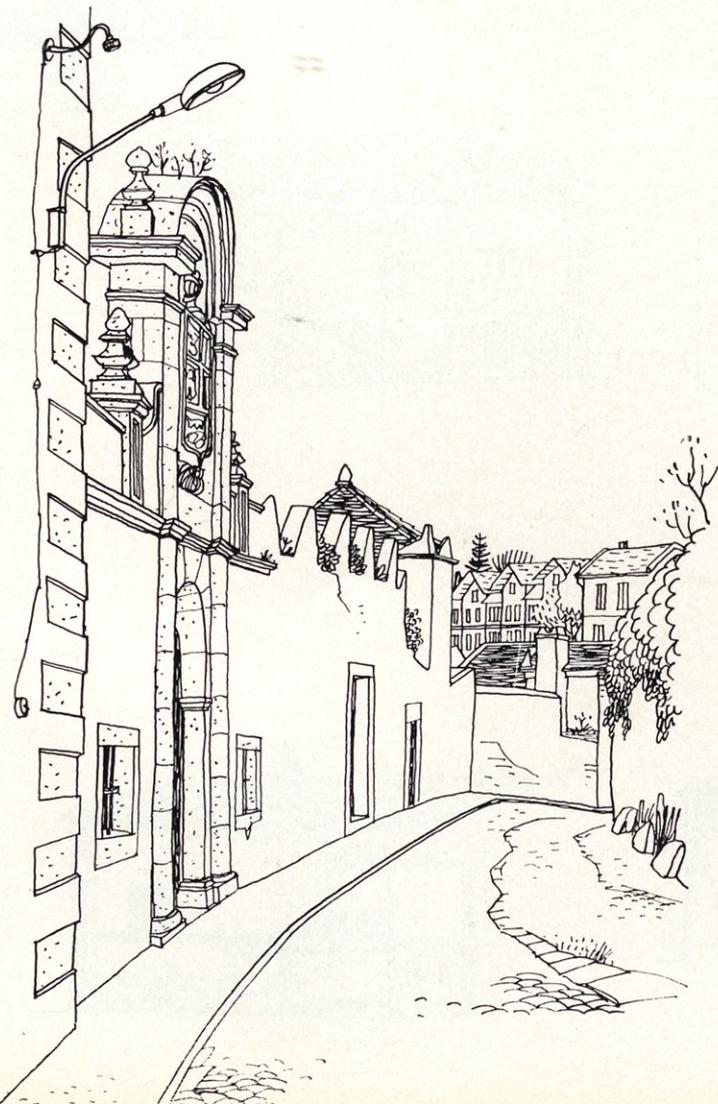
47

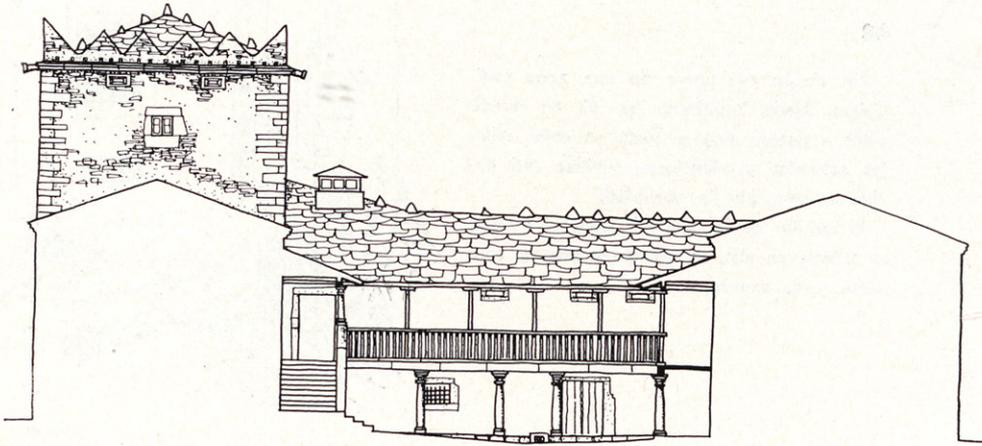
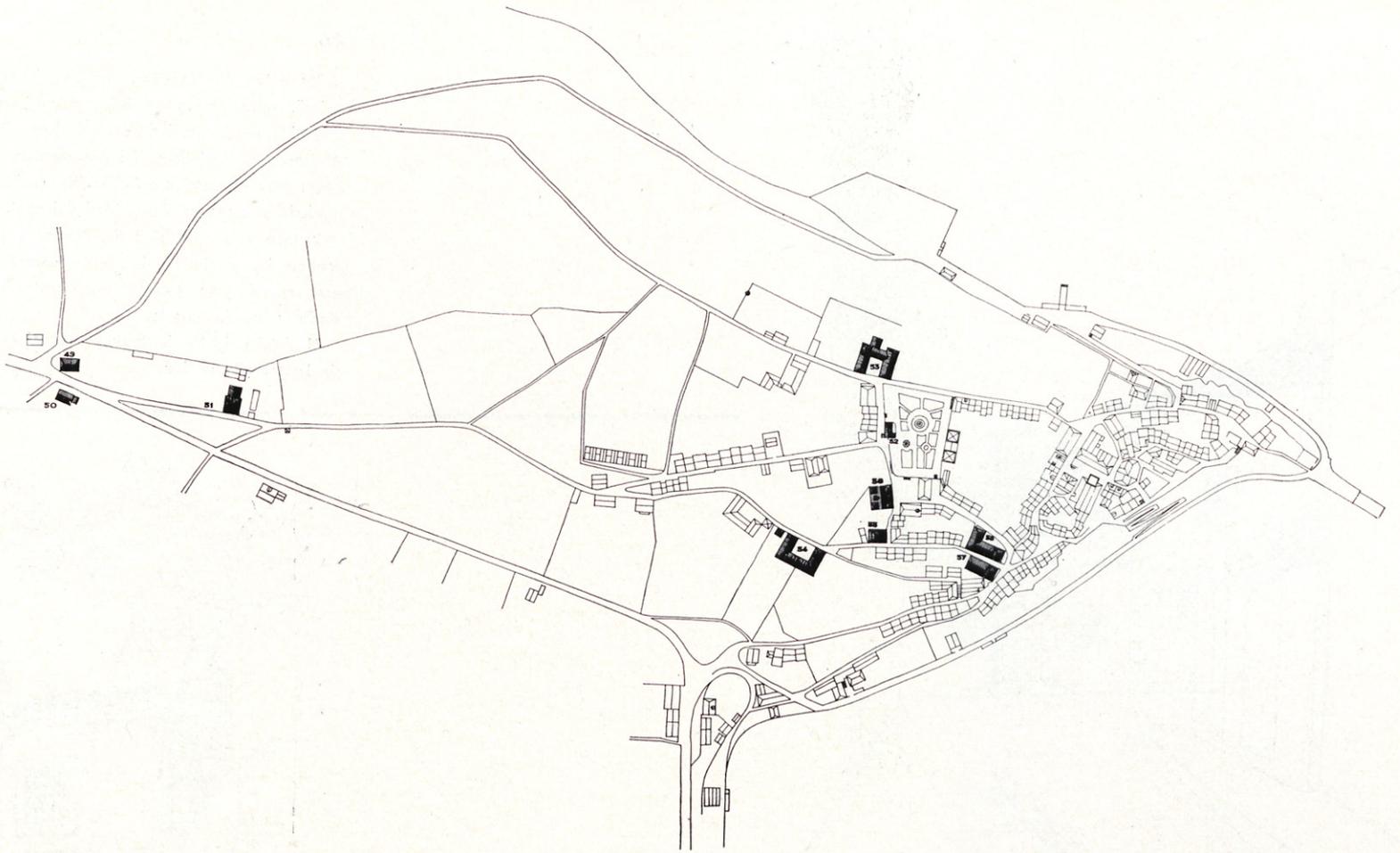
La calle baja hacia la avenida arbolada, después de dar dos vueltas más, empedrada en el viejo estilo.

El escorzo del palacio muestra un escudo almenado en su muro de cierre, y puede apreciarse el detalle de los elementos ornamentales y la molduración.

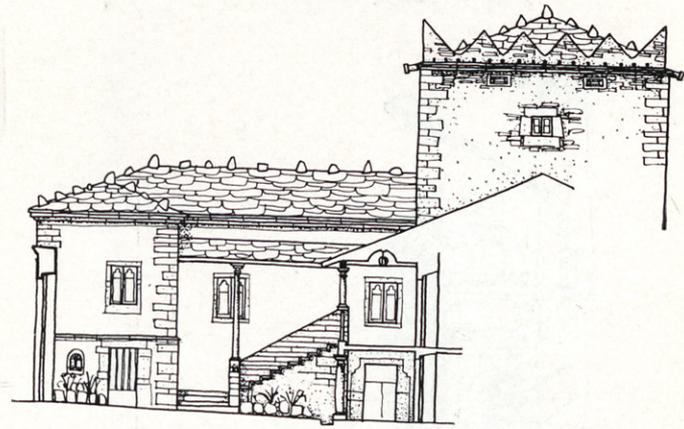
Al fondo, encaramándose sobre los edificios de carácter campesino—estamos saliendo del núcleo urbano—, el nuevo bloque de viviendas está mejor resuelto que el de Figueras.

Y la pantalla de luz destacándose, para que se note bien su inadecuación. Por cierto que la luz pública de la villa, cosa pintoresca, se acciona por interruptores de los utilizados corrientemente en el interior de viviendas.

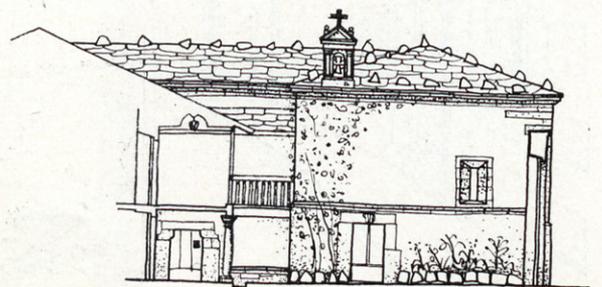
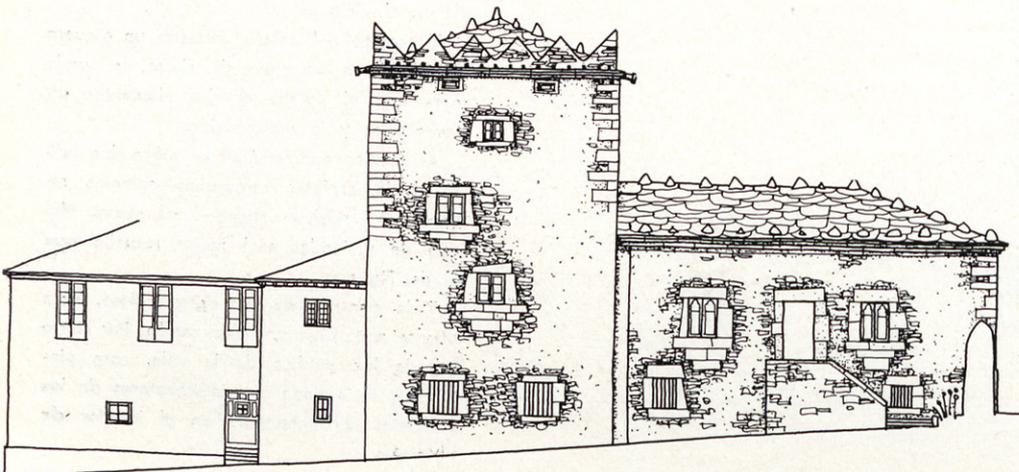




PATIO. ALZADO ESTE



PATIO. ALZADO NORTE



CASA DE LA MARQUESA

Situada al borde del parque, su tapia exterior y el arbolado que la desborda, cierran las vistas sobre la ría en un buen trecho.

La entrada es por portón de madera, metido en la portada de piedra con potentes columnas dóricas libremente interpretadas y arco de medio punto. No hay otra cosa singular al exterior, pero el conjunto, desde afuera, está valorizado por el potente torreón y la espadaña de la capilla.

La planta de la edificación es en "U", siendo su parte abierta el muro de cierre y el interior un patio característicamente asturiano, que es solución frecuente en la zona.

El pavimento de este patio es de canto rodado, sub-

dividido en franjas hasta una cuneta que recoge las aguas superficiales y las de la cubierta, al borde del espacio porticado, que está tratado de forma distinta.

La fachada del frente, la porticada, tiene columnas dóricas populares, buena solución de balaustrada de madera torneada, y alero importante con doble plano de canchillos.

El torreón almenado sobresale siempre sobre los aleros, pero está echado hacia atrás para que no pese demasiado en el reducido espacio que cierran los edificios.

El edificio principal original tuvo forma de "L", con el torreón en uno de sus extremos, y estaba totalmente porticado en los frentes del patio, pero fué reformado en el siglo XVIII, como está cuidadosamente fechado en los ángulos de la obra nueva. De uno de sus late-

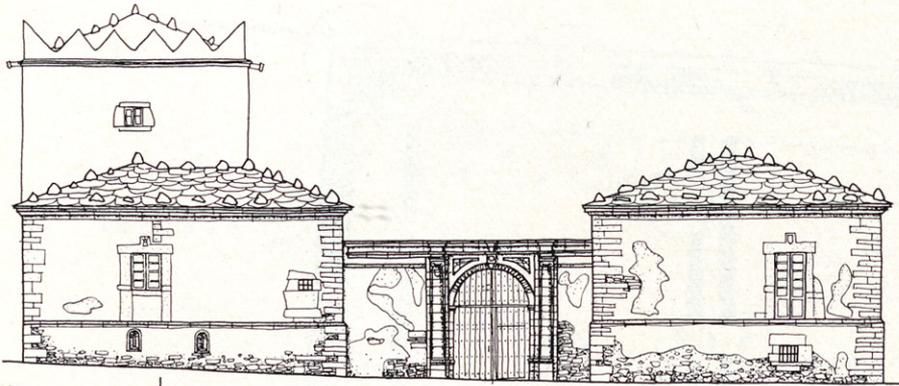
rales arranca la escalera de piedra que lleva a la entrada principal y al corredor; en el otro está la capilla, como se nota por la espadaña, rompiendo casi la totalidad del pórtico y corredor que hubo.

CAPILLA DEL CAMPO

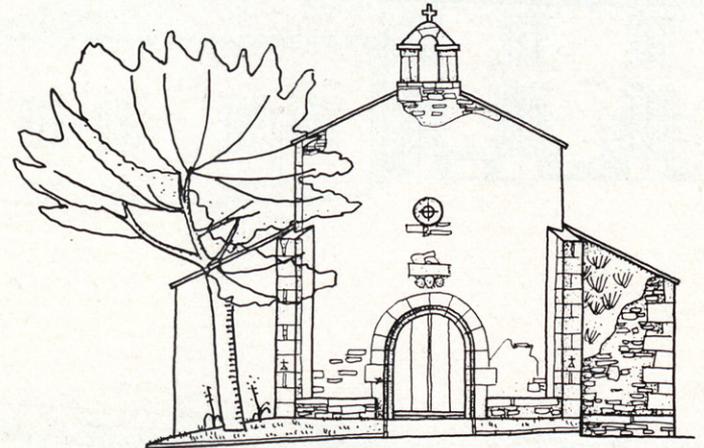
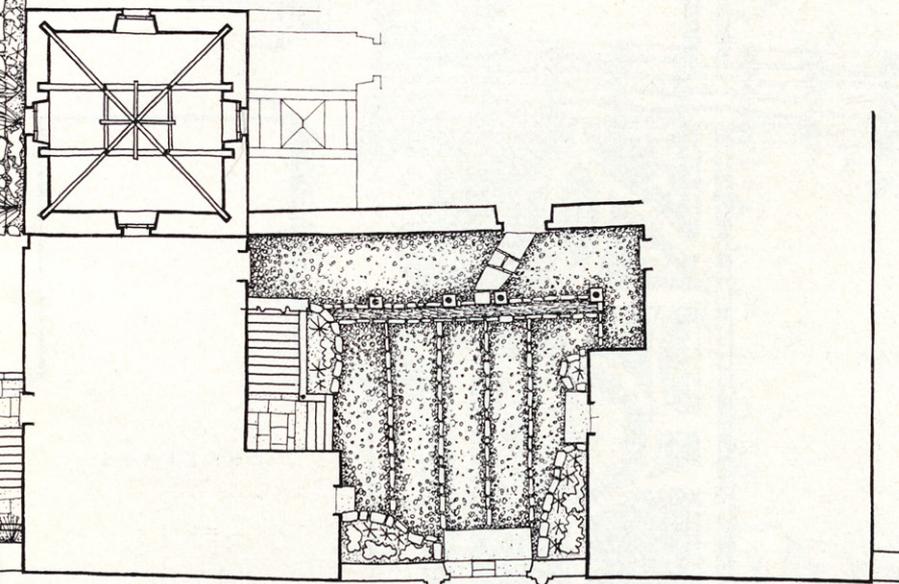
Es la fundada por Diego García de Moldes en el siglo XV, en la parte más elevada de la villa; la que está cerrada por la balaustrada blanca del parque.

Está bien sujeta por los seis contrafuertes, y se ve bien claro que los dos cuerpos laterales fueron añadidos después, porque la calidad de la fábrica es distinta de la general.

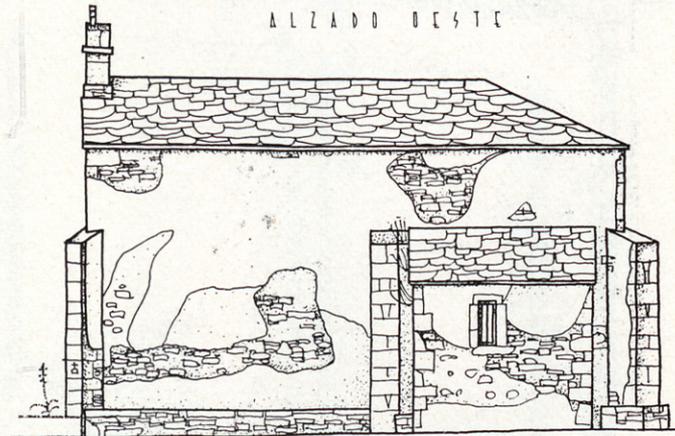
El volumen es simple y el tamaño, pequeño; lo parece aún más cuando la primavera da hojas a los árboles, que la envuelven por completo.



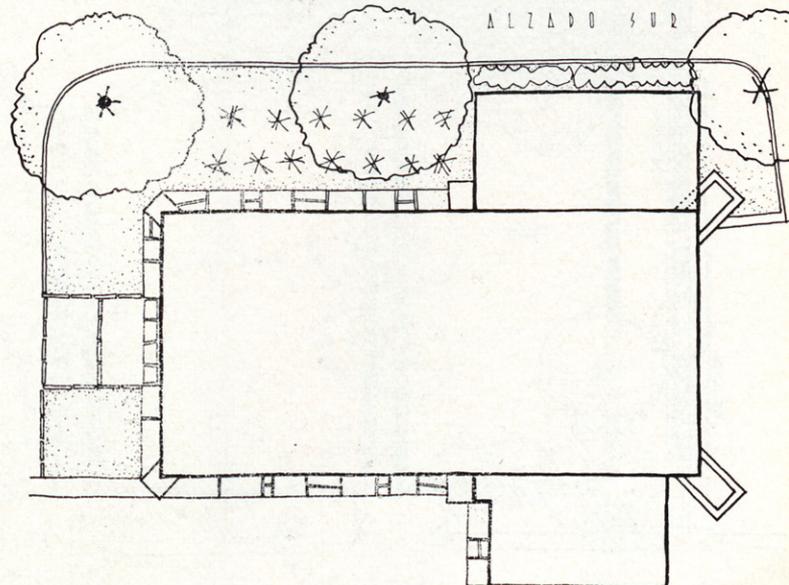
ALZADO ESTE



ALZADO OESTE



ALZADO SUR



PLANTA

CASA PASARON EN SAN ROQUE

Nos ofrece buena solución de huerta-jardín hecha con habilidad funcional para independizar la zona de expansión de la vivienda de los espacios reservados al ganado.

La vivienda ofrece al exterior una fachada de gran simetría, blancos los muros, partidos por los recercados y bandas de sillería. A un lado la tapia del jardín y, al otro, la verja de entrada de carruajes y ganado.

Están bien resueltos los niveles relativos de casa y huerta-jardín, y los locales de estancia de la vivienda se prolongan por la terraza de recreo, despejada

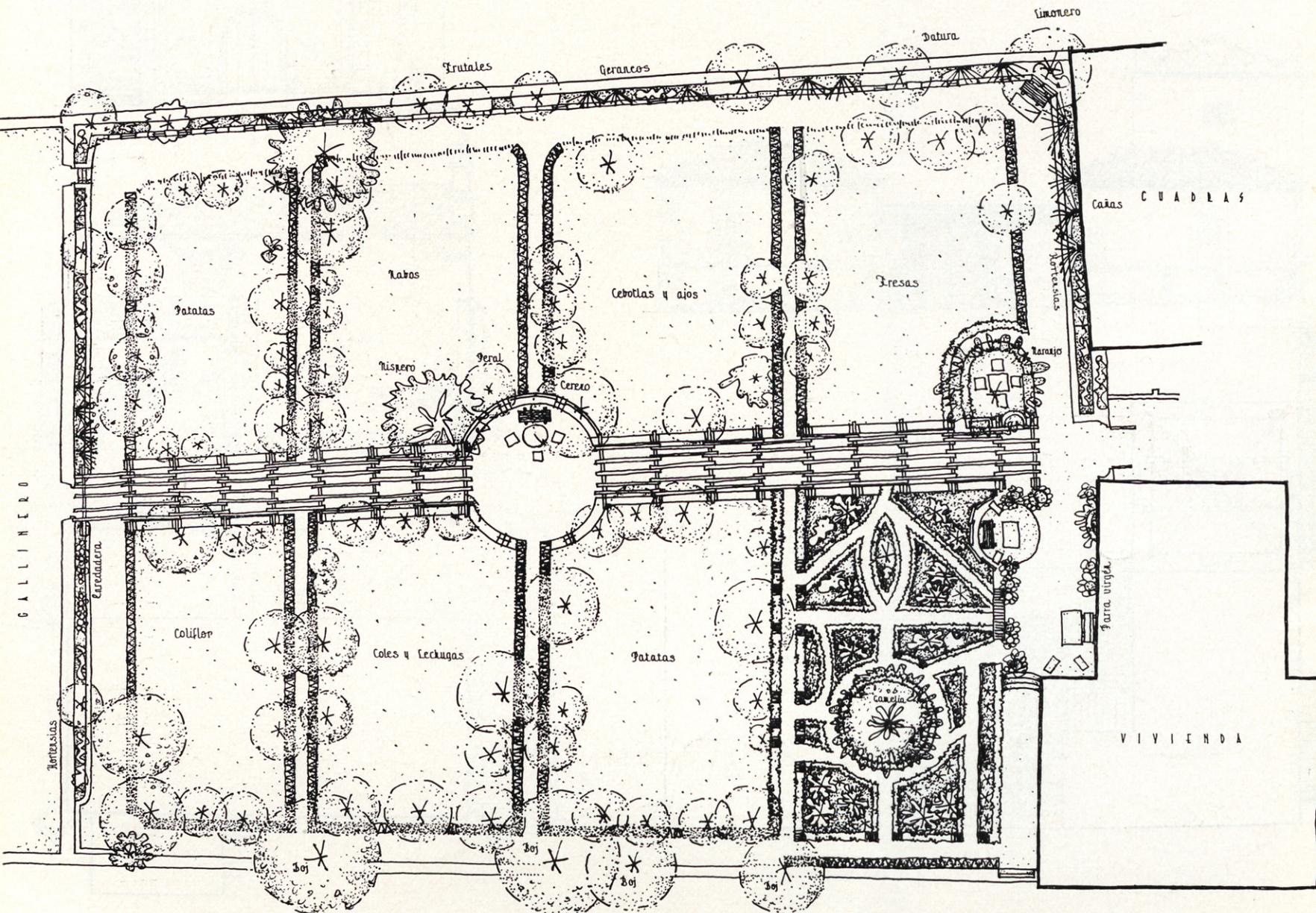
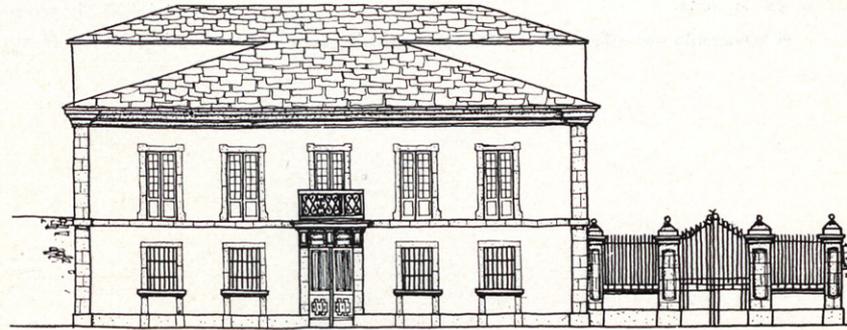
de vegetación, para asegurar el soleamiento del edificio.

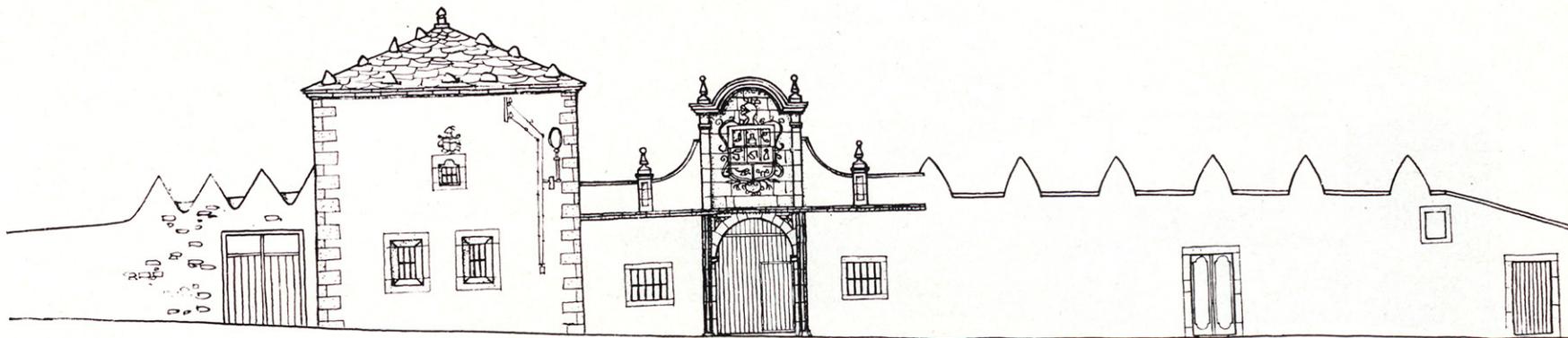
La zona ajardinada es un laberinto de boj recortado que encuadra especies florales y arbustos de poco porte, frecuentes en la zona: geranios, rosales, hortensias, camelias y enredaderas de parra virgen. Los detalles de calidad que enriquecen esta zona y los setos altos que la limitan, le proporcionan la intimidad necesaria: columnas antiguas, muelas de molino, bancos de fábrica y espalderas para rosales. No falta el mirador sobre el camino.

El emparrado, sostenido por entramado de madera, sombrea el camino principal, y tiene bancos de fábrica

entre las pilastras y un ensanchamiento en el centro para romper la larga alineación recta. De él parten las divisiones de los espacios destinados a cultivos de huerta, que se alojan en grandes superficies limitadas con setos de boj: fresas, patatas, cebollas, ajos, coliflores y verduras, y gran variedad de árboles frutales en los bordes: nísperos, caquis, naranjos, limoneros, manzanos, perales y cerezos.

A lo largo de los muros perimetrales, en jardineras continuas de mampostería, se prodigan las especies florales decorativas: petunias, hortensias, daturas, geranios y cañas. En el cierre al camino, importantes especies de boj con porte de árbol.





CASA DE LOS VALLEDOR

Tuvo solución semejante a la de la Marquesa en cuanto al patio, pero la última reforma hizo que se perdiera.

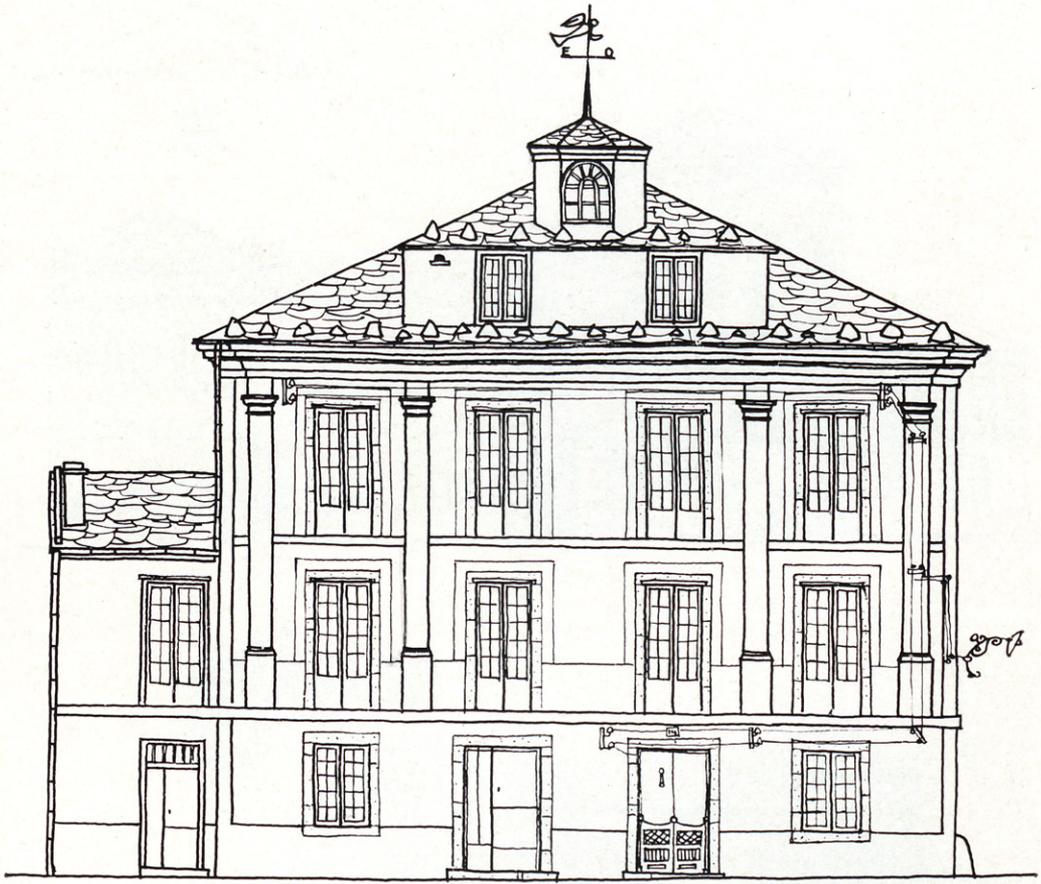
Sin embargo, tiene interés su fachada, con muro almenado por elementos que imitan los característicos pináculos que sujetan los bordes de las cubiertas.

El escudo es una pieza heráldica barroca importante, de gran riqueza de cuarteles y labra y que destaca verticalmente sobre la dominante horizontal del muro.

CASA DE TRAVIESO

Mantiene exteriormente la verja tradicional de madera que cierra el espacio anterior a la calle, y el edificio es de una proporción cúbica, muy acusada en la fachada principal, con una ordenación de pilastras y balcones muy clásica.

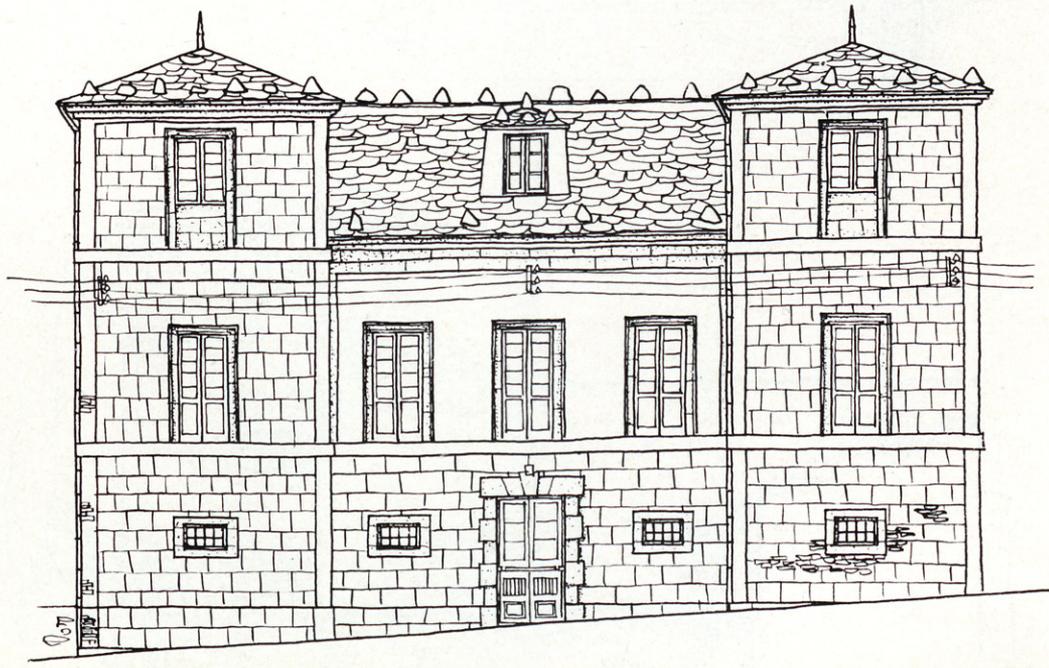
En la cubierta se escalona la buhardilla, con un torreón-observatorio que acusan aún más la simetría absoluta de la fachada.

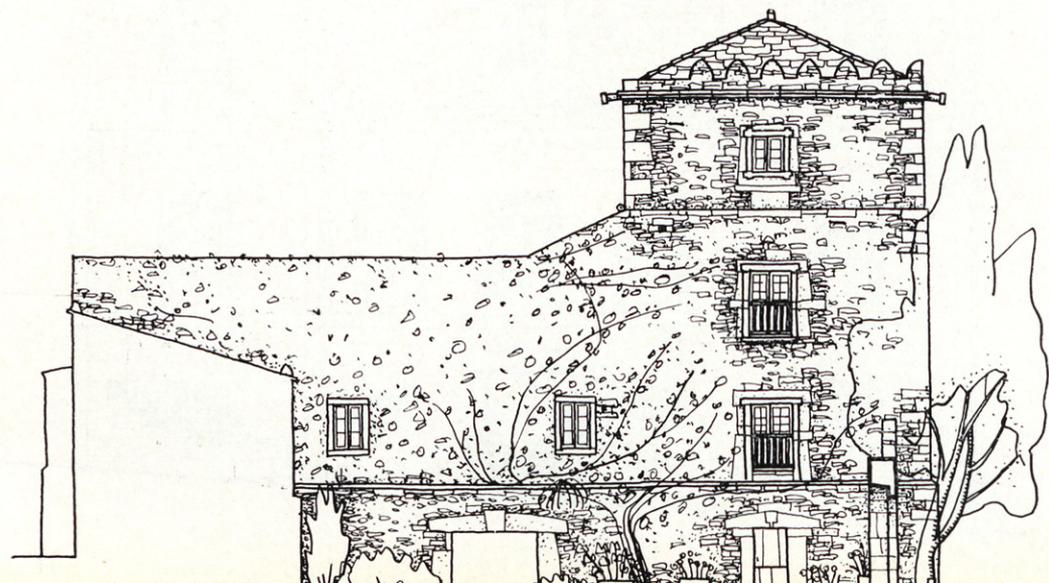
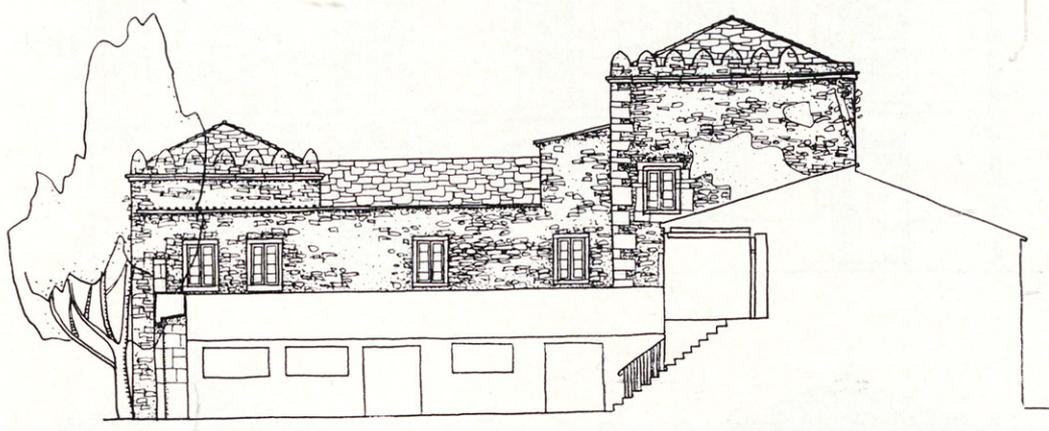
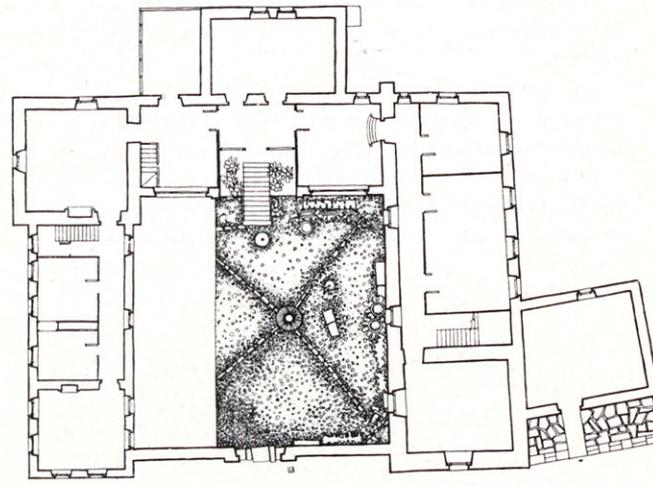
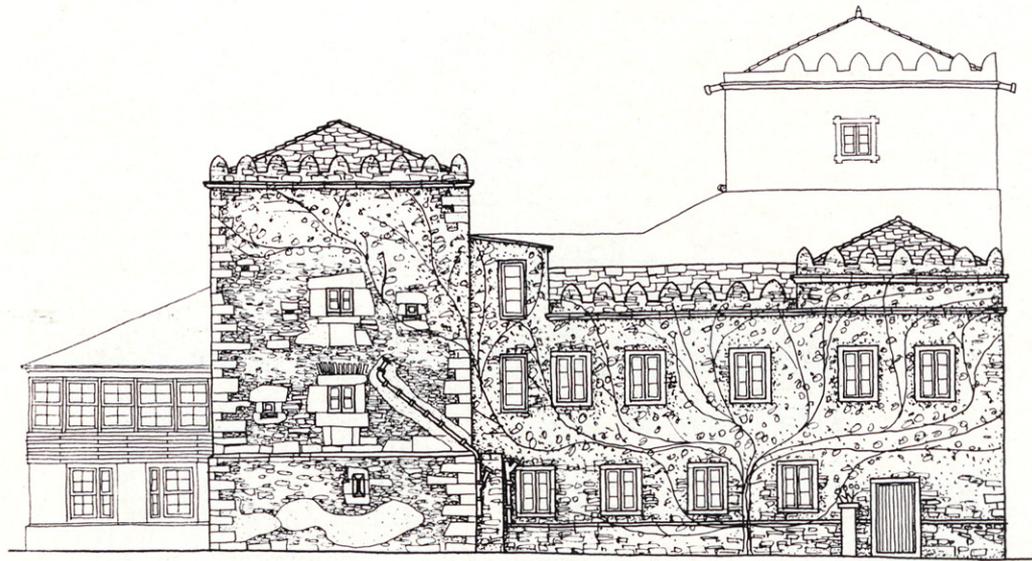


CASA DE LAS CUATRO TORRES

Denominación justa por los cuatro torreones de esquina que atan el cuerpo de dos plantas de las fachadas.

Los recercados de los huecos son de granito, pero no el resto de la fachada, aunque pueda parecerlo en el dibujo, pues se ha hecho despiezando el revoco que cubre las grandes superficies. Pero el falseamiento que da la imitación está suavizado por la acción del tiempo.





CASA PALACIO DE DON LEBUN

En Barres, allí donde el puerto de Figueras se asoma a la carretera general, encontramos una solución interesante de residencia señorial de campo.

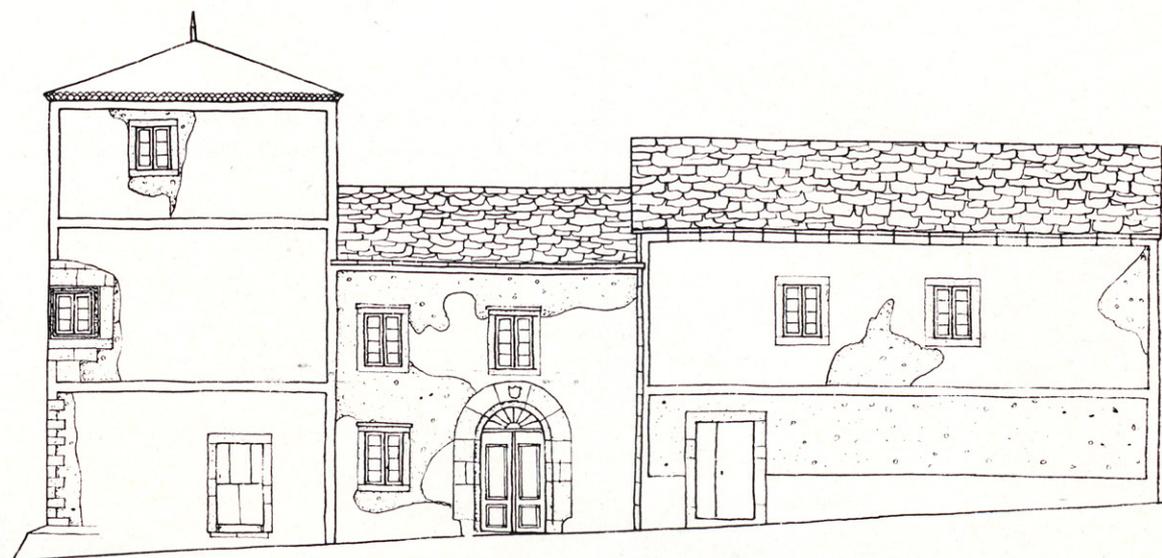
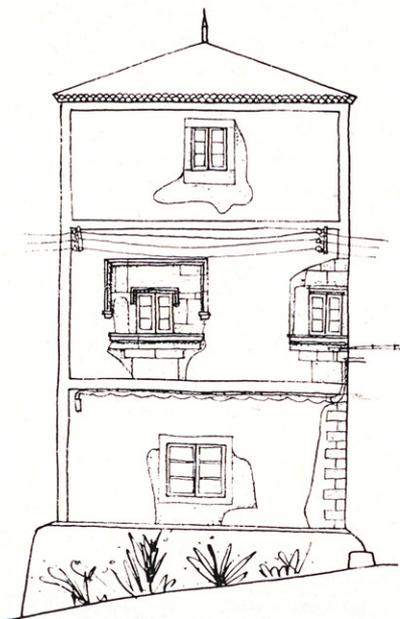
Tiene la planta en "U", solución corriente en esta zona, como hemos visto en otros ejemplos anteriores, con el patio tradicional bien empedrado, como tránsito entre los espacios exterior e íntimo.

La rigidez geométrica de la planta no se acusa en los alzados, porque los torreones están en tres esquinas solamente y tienen volúmenes distintos.

El almenado, de forma bien característica de la región, y las amplias superficies de mampostería de tamaño irregular, prestan animación, con los huecos recercados, a la severidad de los grandes lienzos.

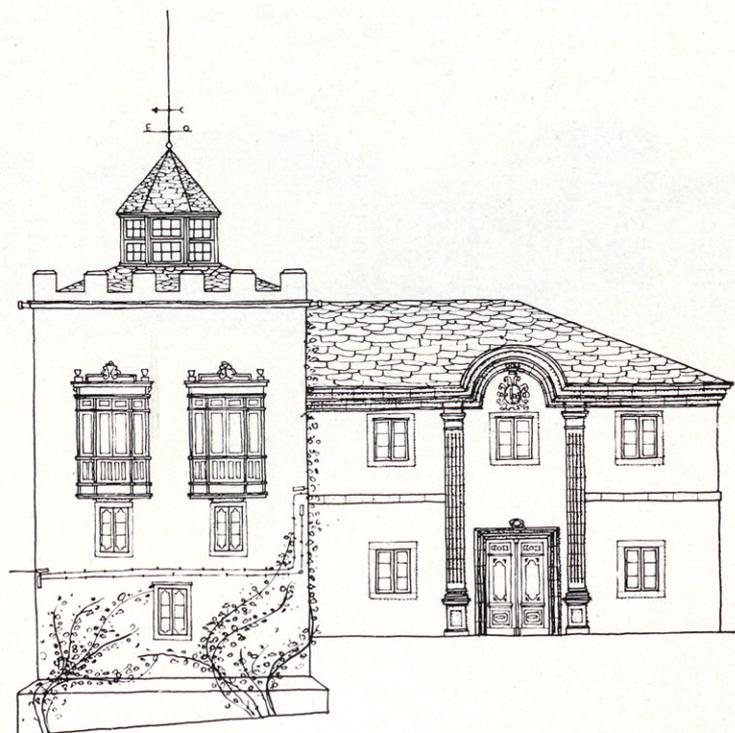
El conjunto, a pesar de la modificación de algunos huecos exteriores y de los añadidos de cuerpos secundarios en patio y fachada posterior, tiene una gran unidad, que aumenta y protege la frondosidad de los árboles.

La situación, sobre la ensenada de la Linera, es dominante y destacada por los puntos de vista sobre la ría y los poblados vecinos.



CASA DE LOS MARQUESES DE SANTA CRUZ

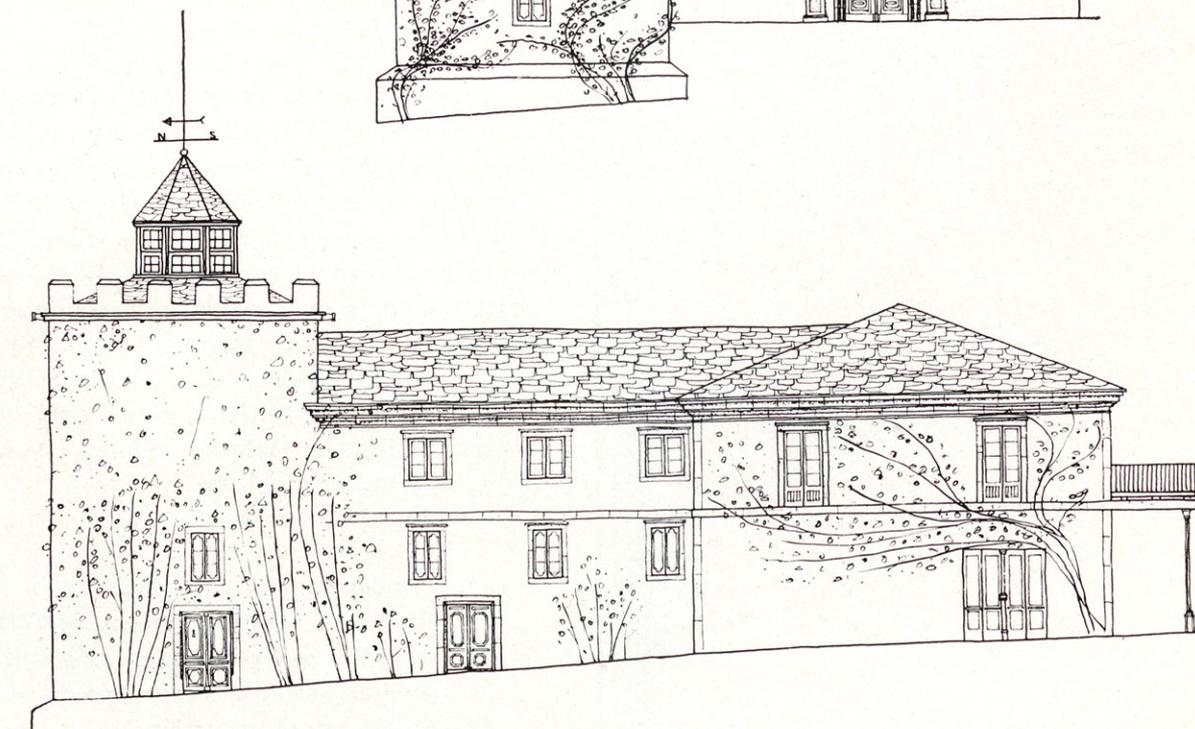
Situada en la pequeña plaza contigua a la de Rivadía, tiene el interés de las ventanas del alfiz gótico del torreón y de la sencillez de tratamiento de volúmenes y superficies, que requieren un repaso general que descubra las fábricas nobles y adecente los revocos.



CASA DE LOS BERMUDEZ

Detrás del cerramiento del jardín, la fachada principal muestra el orden gigante que recoge la portada y el escudo nobiliario, bajo frontón circular característico.

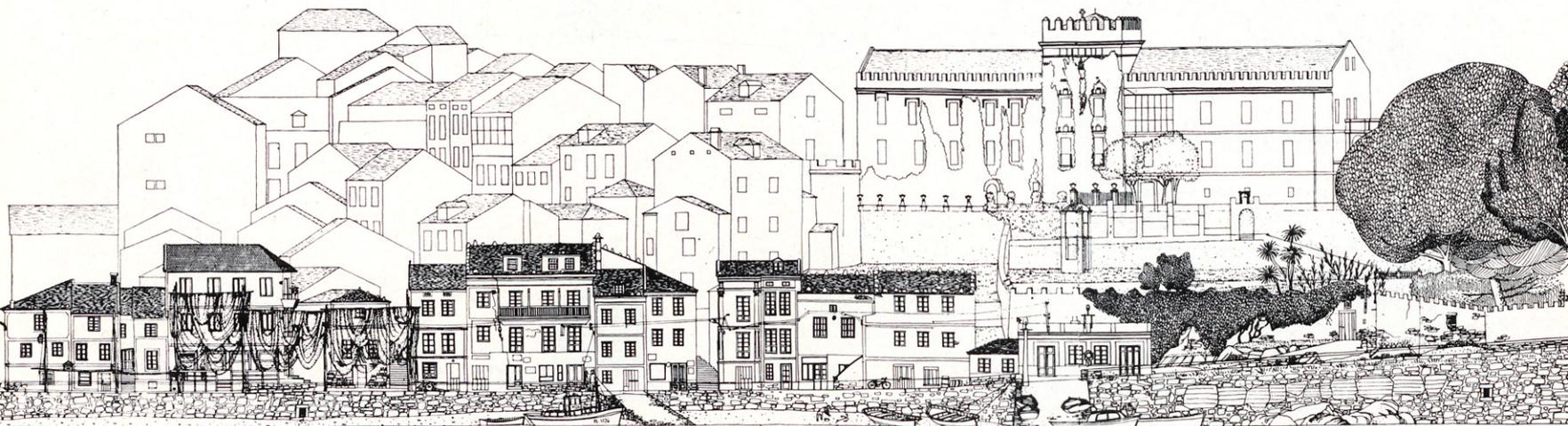
El torreón almenado que hemos visto repetirse en otras soluciones está aquí transformado por la adición de miradores de perfiles metálicos que modifican el fuerte carácter local del edificio y que, incorporados a la escena exterior, rompen con una nota discordante la armonía general.



PUERTO DE FIGUERAS

Este alzado de Figueras está aquí porque, además de ser puerto de la ría del Eo, está paisajísticamente unido a Castropol y depende administrativamente de su ayuntamiento.

Figueras, como hemos dicho ya, es el más marinero de los puertos de la ría, por eso ha bajado a su orilla y vuelca su actividad sobre las rampas y el muelle, que es el verdadero centro cívico del núcleo, bien orientado al sol de mediodía. Pero luego asciende por las laderas del cortado, por escaleras y pinas callejuelas, y se asoma al campo, que es su otra actividad.



CONCLUSIONES

Se ha pretendido que el mismo trabajo pueda sugerir consecuencias a quien lo estudiara. El tema, abordando un conjunto en el que el paisaje y la arquitectura y urbanismo anónimos son base fundamental, sin relación alguna con lo monumental, tan trillado, parece que expresa bien la idea de sus autores.

La conclusión inmediata es la de la necesidad de protección urgente de paisajes y conjuntos, zonas de los mismos o elementos aislados de ellos que tengan un interés reconocido.

Consideramos peligrosos las catalogaciones e inventariados, la normativa y el ordenancismo, pero los estimamos como males menores necesarios en tanto no se logre una consciencia general sobre la trascendencia del problema.

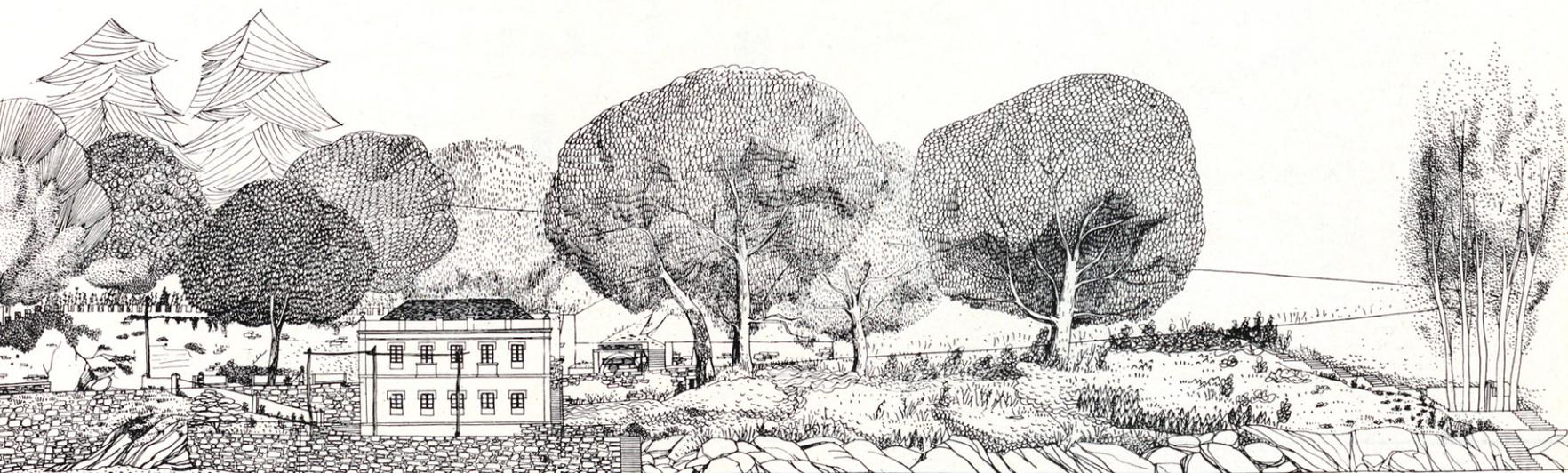
Nuestras conclusiones son:

- 1.^a Estudio general y catalogación.
- 2.^a Estudios a escala de planes parciales o especiales de ordenación, que permitan el conocimiento detallado de cada conjunto; estudios específicos de cada elemento.
- 3.^a Programas de actuación.

Se aprecia bien su configuración en este alzado, con una primera línea de casas populares blancas de pequeños volúmenes, rota la armonía en algún trozo por la masa excesiva de algún edificio nuevo.

El volumen del palacio de los Trenor preside el conjunto, dando la impresión de que va a aplastar la pequeña "rula" situada a sus pies. Su parque, con impor-

tantes masas de arbolado, pone la mancha fuerte de sus tonos verdes en la escena y, las fuente, los bancos, la terraza de la biblioteca, las redes, las rocas y los barcos completan un conjunto pintoresco de gran carácter que sería lamentable perder, como se han perdido otros donde, presiones económico-turísticas, no se han canalizado convenientemente.



- 4.^a Divulgación: publicaciones, conferencias, enseñanza, formación del artesanado y oficios de la construcción.
- 5.^a Estudios económicos: aportaciones provinciales y locales; protección fiscal y oficial a escala nacional que asegure una participación interesada de los particulares afectados.
- 6.^a Premios a la conservación y puesta en valor.
- 7.^a Revisión periódica de los planes de actuación y de los resultados obtenidos.

Es fácil llegar a estas conclusiones. Incluso no es difícil llegar a la redacción de ordenanzas particulares de protección, pero lo verdaderamente arduo es conseguir una actuación eficaz.

Sería necesaria la intervención particular y desinteresada de todos los que tenemos amor por estas cosas, y una coordinación eficaz entre los Organismos a los que afecta más directamente el problema: Bellas Artes, Arquitectura, Vivienda, Urbanismo y Administración Local.

Nosotros hemos hecho este modesto trabajo deseando pueda ser de algo. Así lo esperamos.